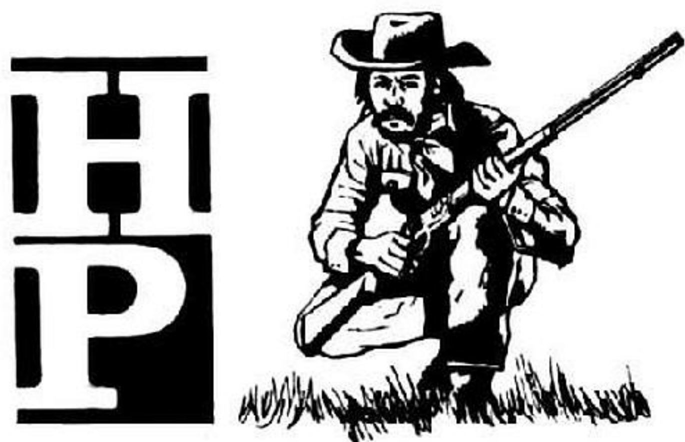


¡NO TIREN CONTRA EL PIANISTA!

Keith Luger



HEROES DE LA PRADERA





Keith Luger

¡NO TIREN CONTRA EL PIANISTA!

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 562
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02324-2
Depósito legal: B. 26.089 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

2.a edición: octubre, 1980

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Joe Lack, de cuarenta años, medio calvo y fuerte complexión, empujó los batientes del *saloon* Independence y llamó con dos dedos al hombre del mostrador, quien al verle experimentó visiblemente un alivio que alteró su gruesa y sudorosa cara.

—¿Buenas noticias, Joe?

Lack observó a la clientela, compuesta de media docena de hombres adormilados en las mesas.

—Eres un tipo con una suerte loca —dijo.

—Maldita sea, no lo dirás por la gente que viste anoche. A esas horas siempre he tenido el local de bote en bote.

—No se trata de eso, Philip.

El grueso individuo recuperó la expresión de alivio.

—¿Has encontrado algo bueno, Joe?

Joe Lack, el agente de espectáculos, miró al dueño del *saloon* Independence con un solo ojo.

—No se trata de algo bueno, Philip —repuso—, sino de algo inmejorable.

—¡Infiernos, Joe! —exclamó Philip con el rostro radiante—. ¡Dímelo de una vez!

Joe Lack aceptó el vaso que acababa de llenarle el gordo.

—¿Te acuerdas de Nita Pascale?

Philip abrió la boca de par en par.

—¡No me vas a decir que has contratado a esa hembra!

Lack sacudió la cabeza y sonrió.

—No, Philip —dijo—. Era sólo para que estableciéramos comparaciones. La chica que traigo es desconocida para ti. Una revelación. Se llama Sally Baker.

—¿Sally Backer? ¿Quién es?

—Un bombón —replicó Joe y carraspeó—. Mira, Philip.

Tú has conocido a Nita Pascale. Pues bien, imagínate a una mujer con las piernas de Nita.

Philip pegó un silbido.

—Espera, Philip. Ya silbarás. Ahora cierra los ojos y piensa. Las piernas de Nita, las curvas de Lola Toolidgekers, y la cara de Silvya Wetsy y los demás…

—¿De quién lo demás, Joe? —dijo Philip sin aliento.

Lack carraspeó.

—Lo demás ya lo verás, ¡infiernos! ¡Estás de enhorabuena! La muchacha canta de veras. Tiene una voz y un estilo para bailar que te va a llenar este local desde el escenario hasta las puertas.

—¡Eres enorme, Joe! —exclamó Philip—. Oye, ¿cuándo va a venir?

—Está ya en camino. Pero esta vez cuida de no deshacerte de las chicas del conjunto así como así. ¡Caramba, no sabes lo que cuesta encontrar una oportunidad!

Philip hizo una mueca.

—No tuve más remedio que licenciarlas. Dejé a Alice y a Betty para que animaran el local un poco. ¡Pero no podía tenerlas a todas sin espectáculo, Joe! Es lo que rinde, lo que atrae a la gente. Desde que aquellos fulanos se cargaron al pianista, he perdido un montón de dinero.

—Lo del pianista es más difícil —gruñó Joe—. ¿Han contestado al anuncio que pusiste en el periódico de Dallas?

—No —Philip sacudió la cabeza con pesar—. Y por lo que pude ver, el problema sigue en pie. Sin piano, esa Sally no podrá lucirse. Yo toco un poco el banjo, pero tengo que servir el mostrador.

—Mala cosa —rezongó Joe—. Si se ha corrido la voz de que Jack recibió una ración de plomo, nadie querrá venir a ocupar su puesto.

—Ésa es la cuestión. Tendré que arreglarme con el banjo.

Joe Jack se quedó meditando unos momentos.

—¿Qué opinan las autoridades de esta situación?

El gordo Philip resolló con fuerza y pasó el paño limpio por el mostrador.

—El *sheriff* Steel procura mantener el orden en Goldenville, pero lo hace a duras penas. Por eso ha dado la orden de que los

desmanes en los establecimientos de bebida sean resueltos por el mismo personal de la casa. Dice que, en los grandes *saloons* de Dallas, hay cuerpos de vigilancia en los locales, que se encargan de que nadie se salga del tiesto.

—Eso es verdad, Philip.

—¡Pero yo no puedo mantener a más gente con lo que da el negocio! ¿Es qué no lo ves, Joe? Por eso tengo ganas de que esa Sally anime esto un poco, a ver si aumentan los ingresos.

Joe apuró el vaso.

—Si tuvieras la suerte de encontrar un pianista, todo iría sobre ruedas. Pero aún sería mejor si en Goldenville encontrarais un grupo de representantes de la autoridad que hicieran respetar la ley.

—Eso es tan difícil como el pianista —replicó Philip.

Repentinamente las palabras de Philip fueron cortadas por tres estampidos procedentes de la calle, y mientras crepitaba el revólver, los batientes se abrieron al entrar de espaldas un individuo empujado por los proyectiles.

La víctima continuó arrastrándose hacia atrás al compás de las detonaciones y finalmente se derrumbó en el centro del recinto con el cuerpo lleno de plomo.

Joe y Philip se apoyaron el uno contra el otro llenos de temor, los ojos fijos en la entrada, y a los pocos segundos, vieron entrar a un individuo alto, de anchos hombros, facciones duras adornadas con un espeso bigote negro, las armas humeantes en las manos.

—¡Cochino bastardo! —exclamó el recién llegado, dirigiéndose al caído—. ¡Por fin te he pillado rondando a Alice!

El individuo del suelo continuaba vivo porque los proyectiles lo habían alcanzado del abdomen hacia abajo. Miró a su matador con los ojos entreabiertos, pero no dijo nada.

—¿Te creías que yo era idiota, eh, Arnold? ¡Condenación, nadie se ríe de Lou Hasting!

—¡Mátame de una vez, puerco! —resolló el caído a duras penas, tratando de empuñar el revólver.

Hasting estalló en una carcajada.

—¡Infiernos, lo voy a hacer muy a gusto! ¡Toma! —Hizo fuego una vez más y la bala abrió un agujero redondo en el pecho de Arnold.

Éste reunió las escasas fuerzas que le quedaban y soltó un

escupitajo al pantalón de Hasting quien lo baleó definitivamente.

Un grito femenino resonó en la parte alta de la escalera.

Philip y Joe alzaron las miradas y vieron a Alice con las manos contra las mejillas.

Hasting hizo un gesto de rabia y, enfundando los revólveres, se acercó al pie de la escalera.

—Conque era Arnold el que te arrastraba el ala, ¿eh? —dijo con los dientes apretados—. ¡Baja, perra! ¡Vas a ver lo que es bueno!

—¡Arnold no tiene nada que ver conmigo! —exclamó la muchacha.

—¡Maldita embustera! —rugió Hasting con el rostro contraído por la rabia—. ¡Te voy a arrancar la piel como a un conejo! ¡Arnold estaba por tus huesos, no lo puedes negar!

—¡Y a ti qué te importa! —Se rebeló la chica aferrándose a la barandilla.

—No me importa, ¿eh? ¡Yo te enseñaré!

—¡Lárgate de una vez! ¡No quiero ver tu sucia cara asesino!

Philip y Joe juraban oírse los latidos mutuamente del corazón, tal era el pánico que sentían.

—Por favor, Alice —rogó Philip, apenas sin voz.

Hasting se volvió hacia los dos hombres y, sin desenfundar, les largó un plomo que pasó entre las dos caras.

—¡Como te metas en esto, te clavo contra la estantería, Philip! ¡Ya sabes que no aviso dos veces!

Philip se quedó rígido de terror, cubriéndose la boca con la mano.

Los pocos clientes del *saloon* Independence estaban paralizados.

Hasting empezó a subir las escaleras lentamente, rezumando ira por todos sus poros.

—¡De acuerdo, gata! ¡Tú lo has querido! ¡Te voy a enseñar de una vez a quién perteneces!

—¿A ti, Hasting? —exclamó la joven con aire retador—. ¡Primero preferiría llenarme de tiña! ¡Me dan ganas de vomitar cada vez que te veo la cara!

—¡Ahora verás, maldita! —rugió Hasting con los puños apretados.

—¡No te acerques, no intentes subir aquí o…!

Lou prorrumpió en una fiera carcajada.

—¿O qué, muñeca? ¡Tu Arnold está en el infierno! ¡Y tú eres mía! ¡Mía! ¿Lo oyes?

—¿Tuya, piojoso con pistolas? ¡Si das un paso más, me tiro de cabeza abajo! —Del rostro de la muchacha había huido el color.

Lou tenía una expresión bestial y divertida a la vez.

—¡Mejor si te rompes un brazo, encanto! ¡Será una buena combinación para cuando te siente la mano encima! ¡No será la primera vez que he tenido que lisiar a una mujer para domesticarla!

Lou aminoró el paso a medida que ascendía empezando a gozar de la joven y del espectáculo que le ofrecía ésta con su terror y la consternación de los hombres en la planta baja.

Todos tenían las miradas fijas en el temido pistolero, sin atreverse a respirar.

Philip y Joe parecían dos estatuas de piedra rezumando sudor.

Hasting llegó más arriba de la escalera y soltó una estruendosa carcajada.

—¿Sabes que te va bien ese color de cara, nena? ¡Condenación, si ahora veo que me gustas más que nunca!

Alice emitió un grito agudo al ver la expresión del pistolero y se apretó contra la baranda.

—¡No intentes tocarme!

Lou rió más fuerte que antes y abrió los brazos a pocos metros de la chica.

En aquel momento el piano del pequeño escenario empezó a desgranar notas, quebrando el súbito silencio.

Todos, incluso Hasting se volvieron hacia el instrumento que permanecía mudo durante varios días y que ahora se dejaba oír la canción *Mi chico se pone meloso.*

Las notas hirieron a los presentes, especialmente en el estribillo, cuya letra era: «Suelta o te sacudo, suelta o te sacudo», puesta de moda por Nita Pascale en Dallas.

Pero lo que realmente atraía la atención de las miradas era el individuo que interpretaba la canción. Lo hacía con una sola mano y estaba de pie, vuelto hacia lo alto de la escalera donde se desarrollaba al drama.

Era un individuo de más de seis pies de estatura, ancho de hombros, cintura flexible y unas ciento sesenta libras de peso. Vestía una camisa negra, pantalones estrechos y a la altura media

del muslo le colgaba un «Colt» 45 de pulida empuñadura.

Su rostro era de correctas angulosidades, muy tostado por el sol, ojos negros y cabellos del mismo color.

El silencio era tan absoluto que las notas parecían llenar hasta el último rincón del *saloon* Independence.

Lou Hasting se aferró con fuerza a la barandilla de lo alto y dijo:

—¿Quién es usted, gracioso?

El individuo del piano se presentó sin dejar de tocar:

—Me llamo James Garden.

Hasting pareció olvidarse de Alice y se volvió en redondo hacia el intérprete de *Mi chico se pone meloso.*

—Oiga, ¿qué es lo que se propone? Algún tipo ha perdido la cabeza por menos de lo que está usted haciendo.

—Lo hago por su bien —replicó el del piano—. Un amigo mío que entendía mucho de animales decía que la música amansa a las fieras.

El rostro de Hasting se contrajo en una mueca, más bien de estupor que de rabia.

Algunos de lo que todavía respiraban interrumpieron de pronto el resuello y quedaron mirando al joven del piano.

—¿Qué es lo que está diciendo, bastardo? —vociferó Hasting al fin.

Garden dejó pasar unos segundos antes de responder.

—La cosa no iba por usted, amigo —dijo, y cuando en el rostro de Hasting empezaba a dibujarse el triunfo agregó—: He dicho que la música calma a las fieras enfurecidas, pero usted no es una fiera.

—¿No, Garden?

—Usted es mil veces peor que eso. Es una especie de medio escorpión, medio rata, que no entiende de finezas. Seguro que dentro de esa forma de cabezota tiene un gusano que rezuma líquidos repugnantes.

Hasting agudizó el oído al tiempo que entrecerraba los párpados para averiguar si lo que oía eran alucinaciones.

—¿Usted está loco, míster? —dijo y empezó a bajar la escalera, con la diestra cerca del «Colt».

—No. No estoy loco. Pero los que han dicho las grandes verdades en este mundo han sido tomados por locos.

Michael Harris era un vecino de Goldenville al que el doctor

había recomendado evitar las emociones fuertes. Pegó un chillido y saltó del asiento al suelo, donde quedó pateando.

Garden ladeó la cabeza hacia el hombre del mostrador y dijo:

—Atiendan a ese hombre. Con unas salpicaduras de ron en la cara volverá en sí.

—¡Condenado hijo de perra! —Ladró Lou Hasting emprendiendo una veloz carrera escaleras abajo—. ¡Voy a purgarle con plomo ahora mismo! ¡Ahora mismo!

Garden se volvió unas pulgadas presentando la cara al asesino y éste se detuvo al pie de la escalera.

Los dos hombres quedaron mirándose fijamente a los ojos.

La canción andaba por más de la mitad.

Hasting midió al llamado Garden y de repente soltó una carcajada que en esta ocasión tuvo un registro falso.

—Voy a darle una oportunidad de que saque ese juguete que le cuelga al lado —dijo—. El rato que me está haciendo pasar lo vale. Pero que me aspen si un tipo que toca el piano tiene fuerzas para respaldar sus palabras con las armas. ¿Y sabe lo que voy a hacer? Antes de que toque ese «Colt», le cortaré sus lindos dedos de un par de balazos. Es posible que entonces me pida sacar brillo a las botas con la nariz para que le perdone la vida.

—¡Cuidado, señor Garden! —gritó la aterrorizada Alice—. ¡Es un pistolero muy diestro!

Hasting recuperó el buen humor.

—¿Qué te parece, Garden? Ya has hecho tu primera conquista. Pero esa mujer va a ser mía mientras se enfría tu cadáver.

Garden se dirigió a la muchacha que estaba en lo alto:

—Gracias, joven.

Hasting abrió las piernas en compás.

—De acuerdo, músico —sonrió lleno de confianza—. En cuanto interrumpas la melodía trata de sacar, ¿vale?

Garden asintió con la cabeza.

Los dos contendientes se miraron con la misma atención que si fueran a hipnotizarles.

Garden repitió las dos estrofas finales de la canción.

Hasting se sintió crecer ante los clientes y la hembra de arriba.

La creación de Nita Pascale se interrumpió de pronto y sonaron dos detonaciones a coro.

En el teclado se produjo una discordancia.

CAPÍTULO II

Lou Hasting cambió de expresión al aparecer en su frente un negro agujero y, rotos los centros nerviosos, los ojos bizquearon y la boca se descompuso en una fea mueca, que, al combinarse con el estallido en sangre de las narices y los oídos, convirtió la cara del pistolero en una repugnante máscara.

El plomo que había disparado pasó cerca de la oreja de Garden y perforó el telón caído.

Hasting se derrumbó en el suelo como un fardo y dejó un manchón al golpear la cara primeramente en el escalón de abajo.

Durante un largo minuto el silencio pesó como una losa en establecimiento de Philip Temple.

James Garden guardó el «Colt» haciéndolo girar sobre el dedo y se acercó hacia el lugar donde estaban Philip y Joe.

Philip dio un salto y salió por la trampilla del mostrador a paso vivo.

—¡Santo cielo! ¿Cómo lo ha hecho, forastero? ¡Usted es el mismo diablo en persona!

—No, señor Temple —dijo el hombre que acababa de matar a Lou Hasting—. Soy solamente el pianista que requirió usted a través del anuncio en *El Clarín de Dallas.*

—¡Me lo he figurado! —Philip se echó las manos a la monda cabeza y gimió—: ¡Joe, estoy de malas, muchacho!

El agente de espectáculos se sirvió un *whisky* doble y lo apuró de un sorbo, con lo que le volvió el color a la cara.

—¿Por qué estás de malas, Philip? ¡Éste es el hombre que necesitabas!

Garden observó a los dos hombres con detenimiento.

—¿Qué ocurre, señor Temple? ¿Acaso he llegado tarde para

ocupar el puesto?

—¡No, infiernos!, ¡no se trata de eso! Joe tiene razón al decir que usted es el hombre que me hace falta. Necesito un pianista y ya tenía mis dudas de encontrarlo. ¡Pero usted se ha cargado así por las buenas a Lou Hasting!

—¿Qué cambio introduce esto, señor Temple? —quiso saber Garden.

—¿No lo comprende, muchacho? ¡Usted ya es hombre muerto! ¡Desde el momento que ha hecho frente a uno de los pistoleros de más renombre, sus minutos están contados!

—Le aseguro que no entiendo —dijo Garden.

Philip sacudió la cabeza, ocultando un gesto de dolor.

—Explícaselo tú, Joe.

Lack asintió en tanto se humedecía los labios con la lengua.

—Philip quiere decir que el muerto tiene compinches. Gente que visita con frecuencia estos lugares y hace de las suyas.

—¿Los que asesinaron a Jack Teclas? —preguntó James Garden.

—¿Es qué sabe eso, muchacho? —se asombró Lack.

—Se habló por allá. Jack era bastante conocido en Dallas.

—¡Canastos! ¡Y ha tenido agallas para venir a Goldenville!

Garden desvió la mirada un segundo.

—Necesitaba ocupación —dijo.

—Bien, amigo —agregó Lack—. A eso se refería Philip cuando hablaba de su mala suerte.

Necesita un pianista para el espectáculo como el pan que come. Ha sido una suerte que usted se haya dejado caer por aquí. ¡Pero los compadres de Hasting le dejarán seco si se entretiene unos momentos en Goldenville!

—¿Quiénes son esos señores?

Philip intervino con el gesto descompuesto.

—Los que andan más cerca son Bill Bang y Bronco Alison. Estaban por ahí fuera hace un rato. La verdad es que me silva el oído izquierdo. ¡Compréndalo, muchacho! ¡Usted es grande pero no tiene salvación!

Los circunstantes dieron un respingo general, excepto Garden, al ver abrirse las puertas del local con violencia.

—¿Qué significa esto, Philip? —preguntó el recién llegado.

Garden vio a un hombre de unos cincuenta y tantos años,

delgado, fuerte, cara alargada, cruzada por un bigote entrecano y ojos grises acerados. En el pecho ostentaba una estrella de *sheriff.*

Philip abrió los brazos al reconocerlo.

—¡*Sheriff* ha sido terrible!

—¿Qué ha ocurrido? —indagó el representante de la ley, y de pronto descubrió los dos cadáveres en el suelo, identificando con dificultad.

Philip explicó en dos palabras lo acontecido.

El hombre de la estrella, David Steel, se encaró con el pianista.

—De acuerdo, joven. No tendré más remedio que protegerlo —dijo—. Lo mejor será que se convierta en mi huésped. En ningún lado estará más seguro que en la comisaría, hasta que anochezca y pueda evaporarse.

—Temple y Lack han insistido mucho sobre eso y me mantengo en que necesito este trabajo. Puedo correr algunos riesgos, si es eso a lo que se refiere. —Garden se apoyó en el mostrador y bebió un sorbo de lo que le habían servido.

Steel consultó al dueño del Independence con la mirada y luego clavó los acerados ojos en el joven.

—No puedo obligarle a nada, Garden —dijo—. El que se haya cargado a Lou Hasting ya es una buena garantía de que sabe defenderse. Pero he de hacerle una advertencia.

—La acepto, *sheriff.*

—Hay quienes gozan en grande disparando sobre el primero que se les pone delante. Yo no soy un brujo para estar en todas partes. Salimos a media docena de muertos a la semana. Hoy ya van dos. En cuanto la tomen con usted, aunque estuviera respaldado por un batallón de caballería, conseguirían vengar la muerte de Hasting. Y yo no podré evitarlo.

—Gracias por su consejo, *sheriff* —dijo sinceramente Garden—. Pero pienso quedarme en esta casa.

El *sheriff* Steel se le quedó mirando y luego hizo una señal a los dos hombres que estaban situados en una mesa a la derecha para que sacaran de allí a los muertos.

Steel salió por la puerta sin agregar otra palabra.

Garden se dirigió al dueño del Independence.

—¿Qué me contesta, señor Temple?

Philip se pegó una palmada en la frente.

—Lo admito, por supuesto, Garden. Pero lo siento por usted.

Joe Lack, el agente de espectáculos, carraspeó con fuerza sin quitar la mirada de los batientes.

—Estoy pensando que lo mejor será que me largue a esperar la nueva chica. El tren no tardarán en llegar. ¡Suerte, Garden!

Joe salió disparado a través de la puerta.

Garden apuró el vaso de un sorbo.

—No debiera de beber antes de las comidas. Estoy con el estómago vacío.

Philip se pegó una palmada en la frente.

—¡Perdone, Garden! —exclamó—. ¡Tantas emociones me quitan el sentido de las cosas! ¡Siéntese en aquella mesa del rincón y le serviré una buena ración!

—¿A quién tengo que ensayar? —preguntó Garden.

—Joe ha ido en busca de la nueva chica. Sally, me parece que dijo. Jura que vale lo suyo. ¡Infiernos, Garden, cómo me gustaría que se arreglaran las cosas para que todo marchara sobre ruedas!

—Marchará, Temple —dijo Garden, y tomó asiento junto a la mesa.

Philip repasó la superficie de la mesa con el trapo.

—Desde que se cargaron a Jack Teclas la semana pasada, he tenido una mala racha, Garden —arrugó el entrecejo el dueño del local—. Joe se ha dado prisa en reponerme una chica para el escenario que no tardará en llegar. A las otras las tuve que despedir para poder aguantar estos días. ¡Los gastos se me comen por los pies y esto no marcha!

—Bueno, Temple. Ahora trabajaremos.

—Dios te oiga, muchacho —Philip alzó la mirada al cielo y se fue hacia la cocina.

Diez minutos después, James Garden estaba comiendo.

Alice se le acercó por detrás.

—Todavía no he tenido la ocasión de darle las gracias, señor Garden.

El joven brindó en silencio por ella y dijo:

—Puedes llamarme Jim, muchacha. Y en cuanto a las gracias, me toca a mí dártelas.

Alice sonrió y Jim pudo constatar que no era del todo fea.

—¿Por qué?

—Si no llegas a advertirme quién era ese fulano, es posible que me hubiera alcanzado. Era tan diestro como dijiste.

—Ha sido terrible, Jim —el rostro de la joven se ensombreció ante el recuerdo.

—Olvídalo, muchacha —dijo Jim. Mordisqueó una albóndiga y agregó—: ¿Quién era ese Hasting?

Alice sentóse con las manos cruzadas sobre el regazo y dejó perder la mirada.

—Lo que ha dicho Philip y el *sheriff* es cierto, Jim —empezó—. Hasting era el inseparable de Billy Bang y Bronco Allison. Dos sujetos tan repelentes como él. Los tres pertenecen a la pandilla de Buck Loriman.

—Loriman, ¿eh? —murmuró Garden pellizcando el panecillo.

—Has oído hablar de él, ¿verdad Jim?

—Sí.

Alice esperó unos momentos y agregó:

—Bill y Bronco estaban por aquí esta mañana, pero tengo la esperanza de que hayan vuelto a las colinas. Si es así, tardarán en enterarse de la muerte de Hasting y comunicarla a Buck Loriman.

—Trata de no preocuparte, Alice.

—¡Sentiría tanto que te ocurriera algo, Jim! ¡Has sido el primer hombre que se ha jugado la vida por mí!

—Alguien tenía que ser el primero —sonrió Garden.

Alice se contagió de la sonrisa de Jim.

—Nunca acabaré de agradecértelo bastante. Yo, Jim —la chica se aclaró la garganta un par de veces—, no sé cómo…

Jim se sintió súbitamente interesado por la turbación de la joven.

—¿Qué, Alice?

La muchacha fue a contestar y en aquel momento la puerta se abrió, desviando su atención hacia aquel lugar.

Jim se removió en el asiento y tragó el último bocado, cuando la chica soltó un grito.

—¿Usted sabe tocar la marcha fúnebre? —preguntó un tipo bajo de anchas espaldas, revólver en mano, a quien secundaba otro sujeto alto y delgado como una escoba.

Jim se levantó poco a poco en el asunto y observó a la pareja que le apuntaba con las armas.

Philip abrió la boca de par en par y abandonó en el aire una bandeja con un flan que traía de camino hacia Garden.

Éste, incorporado totalmente, dejó caer el brazo derecho a lo largo del cuerpo.

—¿Le interesa oírla? —dijo.

—Es lo propio cuando hay algún fiambre a la vista, hermano —continuó el tipo de las espaldas amplias—. ¿No cree?

—Ya se han llevado los muertos —replicó Jim.

El individuo que dialogaba con Garden torció la cara.

—¿Se cree listo, eh? —dijo—. Apuesto a que se le han subido los humos desde que ha matado por una casualidad a Lou. Ese plomo que le incrustó en la cabeza se ve a la legua que es un ripio.

Jim no despegó los labios.

El tipo sonrió al que tenía a sus espaldas y luego se dirigió a la chica.

—Anda, nena. Dile al chico quienes somos.

Alice trató de hablar un par de veces y al final lo consiguió:

—Billy… Billy Bang y… Bronco Allison.

Billy estremeció las anchas espaldas al soltar una risotada.

—¿Qué me dice ahora, sinfonista? Me juego diez dólares a que está a punto de caer de espaldas.

James Garden se mantuvo en silencio, la mirada velada por los párpados entornados.

—Sí, chico —continuó Billy—. Palabra que no he visto a nadie con más suerte que tú. Enfrentarte con Lou y tumbarle a la primera. Puedes dar gracias a tu estrella que has podido vivir este rato. ¿Eh, Bronco?

Bronco abrió las piernas y se mantuvo firme detrás de su compañero.

—Hay tipos con estrella —dijo con voz enronquecida.

—Y además —agregó Billy Bang—, tiene la oportunidad de tocar para su propio funeral.

Va a ser lucido, ¿eh, chico?

Garden continuó con los labios apretados.

—Adelante, pianista —ordenó Billy—. Ve hacia el teclado y tócanos la marcha. Mientras la oigas saldrás de este triste mundo. No te puedes quejar de que te lo damos todo en tu propia salsa.

Jim se puso en movimiento hacia el piano.

Alice se cubrió la boca con el dorso de la mano para contener el grito que pugnaba por escapar de su garganta.

Jim tenía la completa seguridad de que antes de que pudiera acercarse al punto en cuestión, los revólveres de los dos asesinos escupirían plomo, barriéndolo de una andanada.

Continuó moviéndose hacia atrás sin quitar la mirada de los rostros de los dos hombres.

Hizo un ligero movimiento con la cabeza a Alice y ella lo interpretó fielmente como que se apartara de la trayectoria de las balas.

La chica obedeció con el semblante carente de color.

De repente, Jim sacó su revólver al tiempo que daba un salto en el aire y los tres «Colt» de los contendientes llenaron la sala de un estruendo compuesto de varias detonaciones a la vez.

Billy Bang había accionado su arma con las dos manos y la descarga formó un abanico que estuvo a punto de coger en medio a Garden. Empero el pistolero no tuvo tiempo de ver los resultados porque un plomo de Jim le desmontó el hueso superior de la cabeza y el escalpado lo mató en el acto.

Bronco recibió un balazo en pleno pecho y repentinamente se le nubló la vista. Entonces confundió el querubín pintado con el telón del escenario con la silueta de Garden y allí vació el tambor de su pistola, muriendo con la sonrisa en los labios consciente de que se había cargado al hombre que mató a Lou.

Jim Garden vio los dos cuerpos caer uno sobre el otro y enfundó el arma con una evolución completa sobre el dedo.

—¡Jim! —chilló Alice corriendo hacia él—. ¡Estás vivo!

Garden la sostuvo entre sus brazos y la apartó ligeramente.

—Todavía —dijo.

—¡Ha sido un milagro! —exclamó ella.

—A medias —replicó Jim—. Hubiera preferido que no entraran aquí jamás. Eso se hubieran ahorrado.

Philip recobró el movimiento y echó a andar hacia el pianista como si éste se hubiera convertido en un fantasma.

—Garden… Garden… ¡Que me cuelguen…! Usted… Usted…

—No repita eso de que soy el diablo, Philip. Tenga en cuenta que Bronco se confundió con el angelito del telón.

—¡Garden! —se retiró Philip con los ojos abiertos de par en par

—. ¿Qué clase de hombre es usted? ¡Tiene veneno en las pistolas!

En el mismo momento, ante la puerta del local, estallaron los gritos de dos personas, Joe Lack y una mujer.

—¿En qué clase de garito me quiere meter, señor Lack? —decía ella—. ¡Ahí dentro están matándose!

—¡Por favor, Sally! —gemía Lack, el agente de espectáculos—. ¡No puede volverse ahora atrás!

—¡El mejor local de todo el condado! —exclamó la mujer con sarcasmo—. ¡Usted me ha tomado el pelo, señor Lack!

—¡Le juro que aquí hará carrera! ¡En el Independence se reveló Nita Pascale hace cinco años!

—¡Deje que me ría!

—¡Se lo juro, Sally! ¡Éste es un lugar pequeño, pero de mucho tránsito! ¡Ya verá como…!

Los batientes se abrieron con violencia dando paso a dos personajes que discutían acaloradamente.

Lack estaba rojo como un pimiento y, al ver los dos muertos de recambio, soltó un alarido y tropezó con la chica que arrastraba.

Ella abrió la boca de par en par y lanzó un chillido que puso de relieve sus dotes de cantante.

Philip y Lack interpusiéronse entre la joven y los fiambres para que no los viera, pero ella más alta que Philip, reanudó los gritos en do mayor.

—¡Cálmese, señorita Backer! —Se puso de puntillas Philip.

—¿Qué me calme? —exclamó la joven—. ¡He sido engañada miserablemente! ¡Apuesto a que usted es el dueño de esta pocilga!

Philip se irguió todo lo que pudo.

—¡Éste es el mejor *saloon* de la comarca! —protestó.

Sally se abrió paso entre los dos hombres y se plantó con los brazos en jarras.

—¡Ya lo veo, señores! ¡Dos muertos en la acera y otros dos aquí dentro! ¡Menudo local…!, ¿eh? ¡Conque ése es el que los ha liquidado…!

Jim vio el cuerpo entero de la muchacha y se olvidó de que tenía la diestra todavía sobre la culata del revólver. La contempló largamente y se juró en el acto que estaba en presencia de la mujer más hermosa que había producido los Estados Unidos de América desde 1777.

CAPÍTULO III

Sally Backer era más bien alta, de largas piernas, talle estrecho hasta lo increíble y busto de paloma torcaz. Su rostro tenía un dibujo de facciones delicadas, buen color en las mejillas, señaladas ligeramente por unos pómulos salientes, boca bien moldeada, roja, y largas pestañas naturales.

Tenía el cabello, rubio dorado, atado a la nuca con un lazo negro. Sus ojos eren azules, de grandes pupilas jaspeadas de verde.

—Sea bienvenida —alcanzó a decir Jim Garden—. Y crea que lamento el espectáculo.

Sally respiró profundamente.

—Me esperaba algo parecido apenas empujé las puertas. Usted debe ser el matón del local.

—No, Sally.

—Entonces, ¿qué pinta aquí? ¿Es el fanfarrón del pueblo?

—El pianista —dijo Jim.

Sally abanicó las pestañas y formó con la boca una O.

—¿Quiere tomarme el pelo? —gritó.

Joe se plantó junto a ella de un salto.

—Es cierto, Sally. Ya verás qué dedos tiene el chico. Maneja el piano tan bien como… ¡Ejem!

Sally se volvió hacia el agente.

—Dígalo de una vez. ¡Como el revólver! ¿No es eso? ¡Menudo pianista, que hace las veces de guardia del local!

—Espera, Sally —dijo Joe—. Deja que te explique. El señor Garden, Jim Garden, acaba de ocupar la plaza de pianista que teníamos vacante. Lo que ocurre es que tiene esa rara cualidad de manejar el gatillo y las teclas a la vez. ¡Es único, Sally!

La muchacha rubia ladeó la cabeza valorando con la mirada al

llamado Jim Garden.

—¡Apuesto a que lo que maneja con maestría es el «Colt»! ¡Tiene una facha de pistolero que no puede con ella, señor Lack!

Jim carraspeó.

—Sería mejor que se enterara de los pormenores antes de emitir esos juicios tan apresurados.

—¡Tengo una buena pupila! —interrumpió la bella joven dando un par de pasos que resaltaron la armonía de sus formas—. Como usted los he visto a docenas en los *saloons* de San Antonio. Le tengo hecho el retrato de la primera ojeada.

Philip sonreía forzadamente mientras ordenaba con enérgicos gestos de manos a sus espiadas que se llevasen los, cadáveres.

—Ya tendrán ocasión de conocerse —dijo Philip con voz melosa —. ¡Lo que importa es que se pongan inmediatamente a ensayar! Mañana quisiera presentar su número, Sally. ¡Va a ganar veinte dólares por noche!

Ella no quitaba la vista de encima de Jim Garden.

—No creo que llegue a entenderme nunca con este hombre, señor Temple. Se ve a la larga que no tiene experiencia más que con el «Colt».

—¡Si tocó con una sola mano mientras…! ¡Ejem! —intervino Lack, y desistió de continuar.

—Podemos hacer una prueba —sugirió Jim.

—¡Infiernos, eso sería bueno! —exclamó Joe Lack.

Sally entornó las pestañas.

—Estoy que me caigo de cansancio, pero con tal de comprobar si este tipo vale para acompañarme estoy dispuesta a hacerlo. ¡Pero que conste que no he firmado ningún contrato!

Lack sacó un papel de la manga.

Ella lo rechazó con un gesto.

—Guárdeselo otra vez —contempló a Jim—. ¿Sabe tocar *Tormenta en las Rocosas*?

Jim se dio media vuelta y comenzó a andar hacia el piano.

—Vamos a ver —dijo. Al llegar abrió la tapa del instrumento.

Philip Temple hizo bailar los ojos en las órbitas.

—Me gustaría que tocaran eso de *¡Infiernos, pulga a la vista!* ¡Así nos haríamos cargo de todo!

Sally le miró con el entrecejo fruncido.

—Tengo mi propio repertorio, señor Temple.

A continuación se colocó junto a Garden, mientras éste iniciaba un preludio recorriendo con dedos ágiles el teclado.

Tormenta en las Rocosas brotó como un torrente de notas y Sally exclamó de pronto:

—¡Oiga, no puedo cantar con ese tono tan alto! ¿Qué se ha creído?

Jim bajó un par de tonos sin dejar de mirarla.

Sally hizo un gesto de desagrado y, encarando el busto, comenzó a cantar.

Lo hacía con una voz melodiosa, cálida, de tintes claroscuros e, inmediatamente, todos entrecerraron los ojos, suspensos del canto aterciopelado.

Un par de veces movió las caderas para llevar el compás, y un viejo que estaba en las primeras mesas con los ojos como platos estornudó, y la dentadura postiza le salió de la boca como un proyectil.

Jim aprovechó un solo de mano izquierda para tantearse el revólver con la derecha y sus ojos se encontraron con los de la maravillosa mujer, quien alzó la barbilla altivamente.

De repente, Sally Backer convirtió un agudo en un grito de susto y miró hacia la puerta con sus hermosos ojos dilatados.

Jim Garden dejó de teclear y se volvió hacia la entrada, girando en el taburete, mientras sacaba el «Colt» en un movimiento que escapó a la vista.

Entre los batientes había un esqueleto y los huesos brillaban a la luz del sol.

Sendos respingos se escaparán de las gargantas de los reunidos en torno al pequeño escenario.

El esqueleto se movió al ser empujado por alguien desde afuera con dificultad, sobre la peana de madera en que iba montado.

—¡Cáscaras! —rezongó una voz cascada—. ¿Es que no hay nadie que pueda sostenerme las puertas? ¡Vamos, échenme una mano!

Un cliente sostuvo el batiente de la derecha y entonces apareció detrás del modelo anatómico un viejo de unos sesenta años, delgado, de ojillos brillantes y barba recortada en punta como los chivos.

—¡Buenos días, señores! —saludó el vejete, y se volvió para

entrar un par de grandes maletas.

Philip acudió presuroso.

—Oiga, abuelo, ¿qué es lo que se lleva entre manos?

El vejete se descubrió ante los ocupantes del local y exclamó:

—¡Goldenville está de enhorabuena, señores! ¡La salud acaba de llegar a sus puertas! —empujó el esqueleto y lo dejó de pie sobre el chato pedestal de madera.

—¡Sam! —exclamó entonces Jim Garden.

El vejete buscó con los ojos entornados a causa del sol a quien lo saludaba y al descubrirlo pegó un salto.

—¡Jim de mi alma! —exclamó, abriendo la boca medio desdentada—. ¡Que me cuelguen si el mundo no es un pañuelo, pajarraco del teclado!

Los dos hombres acortaron las distancias que les separaban y al encontrarse se palmearon las espaldas afectuosamente.

Los restantes ocupantes del local permanecieron mudos ante la escena.

—De modo que te has perdido por este matorral lleno de polvo, ¿eh, Jim?

—Tengo un empleo aquí.

Sam lo contempló con un solo ojo y meneó los diez dedos de la mano.

—¿Tocas aquí el piano, Jim? ¡Infiernos, sí que has descendido!

Jim Garden carraspeó con fuerza para impedir que las palabras del viejo trascendieran a los oyentes, que no perdían sílaba del diálogo.

—Supongo que piensas colocar tus remedios y ungüentos en Goldenville.

Sam Wooler, consciente de que era escuchado por los demás, alzó la voz:

—¡No voy a dejar un enfermo en este maravilloso pueblo de Goldenville! ¡Quiero demostrar la nefasta influencia de la solitaria y los males de huesos! ¡Quiero…!

Jim carraspeó.

—Guarda el discurso para después —dijo—. ¿Por qué no echamos un trago?

Wooler abrió los ojillos cuanto le fue posible.

—¡Cielos, menuda idea! ¡Hay que celebrar la entrevista! ¡Dos

genios se reúnen!

Sam Wooler soltó una carcajada y cogiéndose los riñones balanceó el cuerpo adelante y atrás.

Jim rió también.

—No sabes lo que me alegra verte de nuevo, Sam.

Philip apuntó al esqueleto con el dedo rígido.

—¡Oiga, sáqueme eso de aquí!

Sam se volvió en redondo.

—¿Qué le inquieta, amigo? ¡Todos llevamos uno dentro! Bien señáleme habitación y lo esconderé enseguida. Vengo a quedarme un par de jornadas en este lugar.

Philip fue a protestar pero Jim lo atajó:

—Es amigo mío, Philip. Hombre de confianza.

El dueño del Independence respiró con fuerza.

—De acuerdo —masculló—. Puede escoger la habitación junto a la del señor Garden. En cuanto a sus cosas, le ruego que las meta en el armario del corredor.

—Gracias —replicó Sam—. Recuérdeme que le regale una caja de ungüento para los dolores reumáticos.

Sam se echó al hombro el esqueleto y fue en la dirección indicada, guiñando un ojo a su amigo Jim.

De pronto, reparó en la chica del escenario, que le miraba boquiabierta, y frenó en seco asiendo con fuerza el modelo anatómico.

—¡Que me cuelguen! ¿Qué es lo que veo? ¡Infiernos, nena, estoy seguro de que usted no necesita ninguno de mis remedios!

—¡Sam! —advirtió Jim—. Anda a dejar la calavera.

Wooler asintió mordiéndose el labio y se colocó en el corredor.

Sally Backer se arremangó la falda al bajar precipitadamente la pequeña escalera del escenario.

—¿Qué me dice de todo esto, señor Lack? ¡En bonito lugar me ha metido! ¡Un nido de pistoleros, calaveras y vendedores de ungüentos!

—¡Por favor, Sally! —le cortó Joe el paso hacia la puerta—. ¡No te precipites!

—¡Ustedes no debieron de sacarme nunca del conjunto de más renombre de San Antonio!

—Mejor que cola de águila es ser cabeza de pájaro. ¿Cuánto

dinero va a ganar con el traspaso?

Lack danzó alrededor de la belleza.

—¡Canastos, Sally! ¡Te pones cada vez más difícil! ¿Es que no te das cuenta de que aquí vas a ser el número uno?

—¡No quiero cantar en este agujero!

—¿Qué me dices, muchacha? —gimió Lack—. Si sólo nos faltaba encontrar un pianista para dar el salto a la fama.

—El pianista, ¿eh? —Sally miró a Jim entre las largas pestañas —. Parece que se lo cree demasiado. Y no las tengo todas conmigo de que alguna vez al apretar la tecla salga una bala entre la música.

Jim se acercó con gesto cansado.

—¿Todavía con eso, Sally? Pensé que le gustaba mi forma de acompañar.

Sally abarcó todo el Independence con la mirada.

—Nada de lo que hay aquí me gusta. ¡Y usted está incluido, pianista! Y ahora, señor Lack, lo mejor será que me dejen descansar hasta que salga el tren y pueda volverme por donde he venido.

Lack ascendió las escaleras en compañía de Sally, mientras desgranaba una serie de súplicas y reflexiones.

Philip enjugóse el sudor del rostro.

—Menos mal que ella no sabe que el próximo tren no llegará en tres días —suspiró—. Espero que entre en razón.

—Las mujeres cambian de pensamiento rápidamente —dijo Jim, y al volverse se encontró a Sam que miraba embobado a Sally Backer que llegaba al primer piso.

—¡Jim! ¿Es cierto lo que me ha dicho el mozo de ahí dentro? — dijo Wooler de pronto.

El joven le acompañó al mostrador.

—¿Acerca de qué?

—Habló de que entraste en este local y empezaste la jornada con tres muertos. ¡Cielos, muchacho! ¿Por qué has de buscarte complicaciones allá donde estés?

—Baja la voz, Sam. No es necesario que se entere todo el mundo.

Wooler admiró el pulso de Philip mientras escanciaba en un vaso, y cuando lo vio lleno, bebió un sorbo.

—Jim, trata de recapacitar, muchacho —farfulló Sam Wooler—. Es muy mala cosa ponerse en contra de nadie. Según me han dicho,

los tipos que han pasado a mejor vida tienen que ver con Buck Loriman. ¿Sabes que todo el condado habla de Loriman?

—Sí.

—Apuesto a que no te mueves de aquí por culpa de la rubia.

—La chica vino después —Jim tomó un trago—. No empieces con tus chismorreos, Sam.

Sam Wooler gruñó por lo bajo y, al fijar la mirada en el fornido individuo que acababa de entrar por las puertas, se arrugó detrás del cuerpo del joven.

—¡Cúbreme, Jim! —exclamó—. ¡Me huelo que algo no funciona!

El individuo de la puerta miró con rabia en varias direcciones y preguntó al mozo del Independence:

—Tom, ¿has visto a un viejo caradura que iba cargado con un esqueleto? ¡Quiero volverlo cabeza abajo y hacerle escupir los cinco dólares que me ha ordeñado con uno de sus remedios! ¡Me timó en la misma puerta de la estación!

Jim observó al recién llegado con el ceño fruncido y notó el tironeo de Sam. El mozo interrogado por el grandullón, se encogió de hombros sin saber qué decir y la dirección de su mirada descubrió a Jim.

El fornido individuo se acercó.

—Oiga, forastero. ¿No lo ha visto usted por casualidad?

—¿Qué ha ocurrido, joven? —Jim arrinconó al viejo amigo como pudo.

—¡El tipo que me largó un frasco para quitar el dolor de muelas y he estado en un tris de no contarlo!

—¿Por qué?

El hombre se movió con furia.

—La verdad es que no me fiaba un pelo de aquel líquido negruzco y antes de echármelo al coleto se lo di a probar al gato. ¡Condenación! ¡El pobre animal pagó un maullido espantoso y después de dar un doble salto en el aire cayó al suelo hecho un guiñapo! ¡Menos mal que hice la prueba! ¡He salvado el tipo por casualidad!

—Esos remedios son malos para los gatos, amigo.

—¿Sí, eh? ¡Pues aguarde a que encuentre a ese viejales y verá lo que va a divertirse! Si lo ven, avisen a Gordon Foster. Soy yo —el tipo fornido se apartó de Jim en dirección a la puerta y entonces

Sam estornudó con fuerza.

Jim se pasó rápidamente el dedo por debajo de la nariz en cuanto el hombre se dio la vuelta.

—¿Qué ha sido eso?

—Hay corriente de aire —replicó Jim.

Foster bajó la mirada con sospecha y entonces descubrió las piernas arqueadas de Sam Wooler.

—¡Sapos del infierno! —vociferó—. ¿De modo que me tomaban el pelo? ¡Sal de ahí, viejo pájaro!

Jim se interpuso.

—Sam le devolverá lo suyo. A veces los remedios fallan.

Gordon Foster torció la cabeza y contempló a Jim con los dientes fuera.

—Usted le estaba sirviendo de pantalla, ¿verdad…? Apuesto a que cobra una comisión de ese pajarraco para cubrirle las espaldas. ¡Bien, usted va a cobrar primero!

—Es usted el que tiene que recibir dinero —dijo Garden.

—¡Quiero decir que voy a darle una paliza! —Gordon armó los puños.

Jim lo miró serenamente.

—Trate de conservar la cabeza, Foster. No hay que llevar las cosas a esos términos.

—¿Quiere engatusarme con palabrería? ¡Ahí tiene esto!

Foster disparó el puño cerrado.

Jim logró desviarlo antes de que hiciera blanco en su propia cara hurtó el cuerpo manteniéndose a la defensiva.

Gordon Foster enfureció más al verse burlado.

—¡No se mueva! ¡Luche como un hombre!

Acometió otra vez de un salto, y al lanzar el puño izquierdo, Jim se anticipó con un golpe corto entre los ojos.

Gordon se detuvo en seco y lanzó un rugido, embistiendo con la cabeza baja.

Jim pudo evitar la colisión apartándose a un lado, pero el hombrón le largó una de las manazas para detenerlo y luego consiguió alcanzarlo con un golpe sesgado bajo la oreja.

Jim saltó dando media vuelta en redondo, se apoyó contra una mesa y, cuando Gordon se le venía encima nuevamente con aquella técnica suicida de bajar la cabeza, le sacudió en el occipital.

Gordon aumentó la velocidad inicial, destrozó la mesa y, cuando se revolvió en las astillas quedando sentado, aulló.

—¡Maldito, puerco! ¡Voy a quitarle el hueso como una aceituna!

Jim lo esperó con los pies bien afirmados y encajó un par de golpes, propinando uno.

Al final del intercambio, el fuerte contendiente de Jim manejó la derecha con éxito y el pianista evitó la caída espectacular sosteniéndose contra la esquina del mostrador.

Entonces, Jim tiró a ciegas un puñetazo y dio en blando.

Al abrir los ojos vio boquear a Gordon, esperó a que cerrase la boca para no perjudicarle la dentadura y entonces le aplicó un trallazo en el maxilar, cuyo eco alcanzó hasta el escenario.

Gordon salió sin control y cayó de espaldas cuan largo era.

—Usted se lo ha buscado, amigo —dijo Jim—. Crea que siento esas cosas.

Gordon se sentó en el suelo, meneando la cabeza para despejarse, pero sin ánimo de reemprender la lucha. Y ahora abría y cerraba la boca repetidas veces y de pronto escupió algo.

—¡Canastos! —exclamó—. ¡Me ha quitado la muela! ¡Ya no me duele!

Jim le alargó una pequeña botella que acaba de pasarle Sam.

—El señor Woole dice que se enjuague con esto. Lo dejará como nuevo. Usado en fricciones le evitará las marcas del nudillo.

Gordon se incorporó, perdida toda agresividad.

—¡Condenación! ¿Qué clase de puños se gasta? ¡Usted es el primer hombre en Goldenville que tumba a Gordon Foster!

—Tuve suerte —dijo—. ¿Quiere beber un trago de *whisky*?

Gordon aceptó, apoyándose en la barra con los dos hombres.

Sam aprovechó la tregua para explicar a Gordon minuciosamente que el líquido negro que le entregó en la puerta de la estación era para enjuagarse y no para beber.

Jim estaba entretenido en la figura de Alice, que en un momento dado le hizo una seña para que se acercase.

El joven acudió al lado de ella, quien lo condujo a la sombra de la escalera.

—¡Sucede algo terrible, Jim! ¡Lo que me estaba temiendo!

—¿El qué?

—Buck Loriman acaba de llegar al pueblo. Lo han visto por la

plaza mayor. Una de las chicas del Farol Rojo me ha informado.

Jim no despegó los labios.

Alice sé mostró sumamente nerviosa.

—Sólo queda un escape para ti, Jim. Pero sé que no lo aceptarás por nada del mundo. Todo consiste en que te escondas en la bodega.

—Los vapores del alcohol me molestan, muchacha.

—¡Te estoy hablando en serio, Jim! ¡Sólo tienes tiempo para escapar! ¡Si no lo haces, tendría sobre mi conciencia mi muerte, Jim! ¡Todo empezó porque me defendiste de Hasting!

Jim aguardó unos momentos pensativo. Luego, decidió:

—Esperaré.

Alice quiso retenerle por la manga, pero él se deslizó hacia el piano y se sentó para ensayar una de las canciones del repertorio de Sally Backer titulada *Todo se complica para mí.*

CAPÍTULO IV

Jim Garden interrumpió la pieza que estaba tocando cuando advirtió que Sam Wooler se despedía de Foster, quien parecía convencido por las explicaciones del vendedor de remedios.

Garden llamó a Tom, el mozo, y le pidió la llave de su habitación.

Miró el número de la chapa que colgaba de la llave y se dirigió escaleras arriba, notando la mirada inquieta de Alice, todavía en la sombra de la escalera.

Jim entró en el corredor y encontró la habitación.

Dejó la puerta entornada mientras se hacía cargo del interior, y un minuto después oyó la voz carrasposa de Sam Wooler:

—Por fin solos, Jim.

—Cierra la puerta, Sam —dijo Garden sin volverse—. Antes asegúrate de que nadie va rondando por el corredor con intenciones de pegar la oreja a nuestra puerta.

Sam cerró y después de dar un par de pasos para acercarse al canapé dijo:

—Estoy seguro de que nadie sabe quiénes somos en realidad —dijo.

Jim permaneció mirando al mismo punto del vacío, lo que indicaba que intentaba de centrar los pensamientos.

—Nunca están de más las precauciones —contestó.

—La gente se ha tragado los dos anzuelos a la vez mejor de lo que esperaba. Cuando proyectamos estos camuflajes de pianista y vendedor de ungüentos, créeme que el pelo se me puso de punta.

—Ya ves que todo ha salido bien —replicó Jim—. Ahora sólo queda continuar con pies de plomo.

Sam rió muy a gusto.

—El jefe se quedaría hecho una pieza si nos viera actuar. ¿Te acuerdas de la cara que puso cuando le diste una sesión de piano?

—Aquello le convenció de que podríamos aprovechar nuestras habilidades —sonrió Jim—. Sacaremos buena tajada de todo esto.

—Pero insisto que le has dado demasiado gusto al dedo, Jim. No es corriente que los pianistas manejen el revólver con tanta habilidad.

Garden entornó los párpados y se dio poco a poco la vuelta.

—Fue necesario, Sam —y agregó—: ¿Qué noticias me traes?

Wooler, el supuesto vendedor de ungüentos y remedios para la solitaria, arrugó la cara en una mueca.

—Por media hora llegué tarde a Brodville. Cuando asomé las narices por allí, tuve que apretar el paso enseguida.

—¿Qué viste?

—El mestizo tenía el pescuezo hecho una rodaja. Se ve que lo cogieron por la espalda y murió sin decir ni pío.

Las pupilas de Jim Garden se contrajeron y luego, lentamente se volvieron a dilatar.

—Eso indica que vamos por buen camino.

Wooler miró a su compañero con la cabeza ladeada, tratando de llegar hasta el fondo de sus pensamientos.

—¿Has visto al *sheriff* de este poblado, Jim?

—Apareció después de los primeros muertos.

—¿Cómo te fue con él? Tengo entendido que es un lince.

Garden apretó los labios y observó al viejo.

—Lo es, Sam —dijo—. Hemos de andar con cuidado. El *sheriff* Steel tiene esa clase de pupilas grises que parecen que taladran la frente que miran.

—Ya lo dijo el jefe —gruñó Sam.

Los dos hombres guardaron silencio unos segundos, barajando cada uno por su lado sus propias ideas.

—No estará de más que eche un vistazo ahí fuera —bajó la voz Sam y se dirigió a la puerta, abriéndola de un tirón.

Observó unos momentos y luego volvió a cerrar con la expresión de tranquilidad.

—No tenemos espías, Jim. Nadie puede olerse lo que nos cocemos.

Jim sonrió.

—Tú has hecho bien tu parte. Eso de que le vendieras al primer tipo con dolor de muelas el jarabe negro, fue todo un golpe.

Sam se pasó el dedo por debajo de la nariz.

—Lo que me llegó a inquietar fue que dijo que estábamos en combinación. ¡Infiernos! ¿Te das cuenta? Hay quienes dan en el blanco por casualidad.

—Si. Estuvo a punto de hacernos saltar de la impresión. Aparte de que me las vi moradas para tumbarle. Es duro como una tortuga.

Sam soltó una exclamación.

—Es lo que me repele de este asunto —gruñó—. Que para llegar al meollo tengamos que enredarnos con las dificultades que salen al paso. ¡Condenación! En Dallas tuviste que tumbar a Doug *Punto de Mira.*

—Pero vale la pena, Sam.

—Envidio a esa gente que se gana la vida sin exponer el tipo.

Unos repentinos golpes en la puerta dejaron en suspenso a los dos hombres.

Se observaron uno al otro y luego desviaron las miradas hacia el tablero de la puerta, como si desearan que se hiciera transparente.

Jim extrajo el revólver.

—¿Quién es?

Alguien carraspeó fuera.

—Soy yo, señor Garden. Philip Temple.

Jim enfundó e hizo un gesto a Sam para que adoptara una actitud natural en el canapé.

—Pase, Temple —dijo Jim.

—Señor Garden —alzó la voz el viejo Sam destapando una cajita de pasta blanca—. Esta crema le irá de maravilla para suavizar las manos antes de tocar el piano… ¡Hola, Temple!

El dueño del Independence cerró la puerta a sus espaldas.

—No sabía que estaba ocupado —empezó un poco cohibido.

Jim lo estudió atentamente.

—¿Algo acerca de los ensayos con la Backer?

Philip dijo que no y se secó las manos en el mandil con un gesto habitual.

—Quería pedirle un favor, Garden.

—Hable sin rodeos, Temple —dijo Jim—. ¿De qué se trata?

Philip miró con simpatía al joven pianista.

—Mi empleado acaba de avisarme acerca de una reunión que van a celebrar los propietarios de los establecimientos públicos, *saloons* y locales similares de Goldenville.

Jim arqueó una ceja interesado.

Philip carraspeó.

—Como propietario del Independence me han pasado aviso —explicó y se desprendió del delantal—. Verá, Garden. Alguna vez que hemos celebrado este tipo de reuniones hemos acabado con los nervios en tensión… y, en fin, ya puede suponer. No somos santos, Garden. Pueden ocurrir ciertas violencias y yo no quisiera ir desnudo.

Jim asintió con un gruñido.

—Ya me hago cargo. Y no tengo inconveniente en acompañarle.

Philip sonrió complacido.

—Sabía que entendería enseguida —y agregó—: Dentro de diez minutos hemos de estar en el local de Kurt Homes. Está al otro lado de la acera y se llama Los Tres Tréboles.

—Iremos juntos, Temple —prometió Jim.

El dueño del Independence volvió a sonreírle.

—¡Gracias, Garden! Le espero abajo.

Salió y en cuanto hubo cerrado la puerta, Wooler dio un brinco en el canapé.

—¡No veo muy conveniente que vayas exhibiéndote por ahí!

Jim dio unos pasos por la habitación mientras observaba la carga del «Colt». Giró el cilindro y lo enfundó.

—Puede ser una buena oportunidad para ampliar los conocimientos que tenemos de Goldenville. No olvides que se reunirán los grandes de los locales públicos. Son los que hacen correr más el dinero.

—Ya sé por dónde vas, Jim. Pero es que creo que tal como están las cosas, no debes exponerte a recibir una onza de plomo en el espinazo. Ahora ya saben cómo las gastas y ciertos tipos no dudarán en emboscarte para darte un disgusto.

—Te entiendo, Sam —replicó Jim—. Pero hay que exponerse si quieres abreviar las cosas y obtener rendimientos.

Garden abrió la puerta y desde allí agregó:

—Trata de explotar el terreno. Puedes vender los remedios de puerta a puerta o lanzar un pregón en la plaza. A lo mejor nos rinde

más el negocio del ungüento y los purgantes.

—Ándate con cuidado, Jim —gruñó Wooler de mal humor.

Cuando Jim cerró la puerta a sus espaldas encontró en el corredor a Joe Lack que venía en su misma dirección tocándose la frente con un pañuelo.

—¡Maldita, muchacha! ¡Ha estado a punto de romperme la cabeza con ese búcaro!

—¿Qué le pasa, Lack? —Jim se puso a su lado mientras bajaban las escaleras hacia el *saloon*.

—Sally se subió por las paredes cuando me oyó decir que el próximo tren tardará una semana. Dice que no podrá soportar este poblacho y que la culpa de todo la tengo yo. ¡Cáscaras, Garden! ¿Se da cuenta de cómo son las mujeres? ¡Uno se esfuerza y…!

—De modo que está decidida a actuar en el Independence hasta que venga ese condenado tren, ¿eh?

—Sí. Y le pronostico a usted muchas discusiones con ella. ¡La chica tiene un carácter de mil diablos!

—Temperamento lo llamo yo a eso.

Philip le salió al paso cuando llegaron a la planta baja. Y Lack dijo que iba a recobrarse con un par de *whiskys* dobles.

—¿Vamos, Garden? —dijo Philip.

Jim asintió y los dos hombres echaron a andar hacia la puerta.

El *sheriff* Steel apareció de improvisto detrás de los batientes, en la acera.

—¿Dónde va usted, Garden? —preguntó bruscamente.

Jim se detuvo ante él.

—¿Qué ocurre, *sheriff*? ¿Algún nuevo peligro?

Steel dedicó una mirada dura al joven.

—No puede pasearse por la calle con esa tranquilidad, Garden. Usted será un hombre marcado mientras permanezca en Goldenville.

—Eso ya me lo dijo anteriormente, *sheriff*.

—Sí, pero ahora estoy dispuesto a impedirle que salga del Independence como no sea para algo de verdadera importancia.

—Usted no puede hacer eso, *sheriff* —Jim hizo un gesto para que Philip no interviniera.

—Lo puedo hacer porque usted representa un peligro para la ciudad —la voz del representante de la ley era inflexible y carente

de tono—. Mientras esté en el Independence no puedo obligarle a que salga del pueblo porque el local es una propiedad privada, pero no consentiré que se pavonee por las calles exponiendo a que el vecindario se encuentre en un tiroteo de los que usted suele atraer con facilidad.

—Mi salida es justificada —dijo Jim—. Está bien. Temple, explíqueselo.

Philip se interpuso entre los dos hombres.

—El señor Garden me acompaña a la reunión.

El gesto de Steel se tornó más duro.

—¿Está loco, Philip? ¿No hay bastante provocación con que este hombre permanezca en su casa?

—¡Tú ya sabes lo que suele ocurrir en estas reuniones!

—¡Esta vez estaré yo presente! No necesitas guardaespaldas.

Jim empezó a impacientarse.

—No soy el guardaespaldas de nadie, *sheriff*. El señor Temple me ha pedido que le acompañe a su reunión de negocios y no veo por qué tiene usted que hacer un drama de todo esto.

—Philip —el *sheriff* se inclinó de mal humor hacia el dueño del Independence—. ¿No comprendes que este hombre tiene muchas cuentas particulares pendientes? El hecho de estar a tu lado ya significa un peligro. ¿Por qué te ha dado la idea de que vaya a esa maldita reunión?

—Lo siento, si le sabe mal, *sheriff* —dijo Philip—. Pero Garden me acompañará.

Con estas palabras se dirigió a la acera de enfrente donde estaba ubicado el local Los Tres Tréboles.

Jim fue tras él y el *sheriff* los siguió hacia el establecimiento donde tenía que celebrarse la reunión.

Jim notó sobre sí las miradas de los clientes del Tres Tréboles, y se convenció de que todos sabían quién era sin que nadie lo anunciara.

Un individuo de unos cuarenta y cinco años, fuerte torso y pelo negro ensortijado, les salió al paso.

—Hola, Philip —dijo, y mecánicamente giró la cabeza hacia Garden—. Usted debe ser el pianista que toca tan fuerte, ¿verdad?

—Estoy a disposición del público —replicó Jim ambiguamente.

Philip se aclaró la garganta.

—Es el señor Homes, Kurt Homes —dijo.

Homes se echó a reír.

—Tanto gusto, Garden —estiró una fuerte mano que fue estrechada por Jim y agregó sin perder la sonrisa de dientes bien alienados—: Estuve varias veces tentado de cruzar la acera con el solo propósito de conocerle. Me han hablado mucho de sus habilidades con el piano y el revólver.

—La gente exagera mucho —se limitó a decir Jim.

Homes rió otra vez de buen humor.

—Palabra que me es usted simpático, Garden. Oiga, entre nosotros, ¿qué instrumento toca usted mejor? ¿El «Colt» o el piano?

Jim correspondió a la sonriente cara de Homes desfrunciendo el entrecejo.

—Los dos son de ejecución difícil, pero hago lo que puedo. Hay que saber tocarlos bien para poder vivir.

Homes celebró la salida de Jim con una estruendosa carcajada.

—¡Usted es único, Garden! ¿Sabe que ha tenido mucha suerte este tunante de Philip con echarle la mano? ¡Canastos, Garden, si se cansa de él puede contar conmigo para tocar en mi local!

—Lo pensaré —sonrió Jim.

Philip hizo una mueca.

—¿Eh, qué es esto? ¿Una conspiración? ¡Maldito seas, Homes! ¡No te lo cederé ni por un montón de oro!

Dos tipos de semblante grave entraron en aquellos instantes y Homes hizo las presentaciones. Hecho esto, fueron a un despacho donde esperaban siete hombres más. El *sheriff* era uno de ellos, y por el gesto que presentaban podía deducirse que Steel acababa de ponerles al corriente.

Un individuo de nariz aguileña saltó antes de que Homes llegara a la mesa escritorio para presidir.

—¡Un momento, Homes! —exclamó apuntando a Jim con un gesto—. ¡No podemos dejar entrar a este individuo!

Homes le miró con el ceño fruncido y pasó una mano protectora por el hombro de Jim Garden.

—Stuart, ¿qué mosca te ha picado? Garden viene como acompañante de Philip. Está trabajando en su local, es personal a su servicio.

—¡Déjate de cuentos! —continuó el tipo de la nariz aguileña

llamado Stuart—. Hemos venido a tratar un asunto esencial. El de la violencia en Goldenville dentro de los locales.

¡Y precisamente me traes a un elemento perturbador! ¿No te das cuenta, Homes?

Kurt Homes, dueño del Tres Tréboles, parpadeó.

—Si no te explicas mejor, no.

Stuart abarcó con la mirada a los circunstantes.

—Es como nombrar la soga en casa del ahorcado —gruñó—. ¿Por qué no empezamos por los cimientos? El pianista es el que ha desencadenado uno de los peores días en Goldenville. Cuatro muertos y una lucha con el bestia de Gordon Foster.

Varios gruñidos de asentimiento aprobaron las palabras de Stuart y, cuando éste respiró con fuerza pareciendo que tenía a casi todos de su parte, un individuo de aspecto sano, rollizo, cara ancha, colorada y pelo rojo, se levantó sonriendo de oreja a oreja.

—Pues si queréis saber mi opinión, estoy conforme y contento con que haya venido el pianista. ¡Tipos con esas agallas con los que me agradan!

Jim sonrió ligeramente al individuo, que tenía aspecto de labriego.

Stuart se removió contra el pelirrojo.

—¡Tú te callas, Dave! ¡Hablas así porque también vienes de bulto!

—¡Demonios! —exclamó el pelirrojo—. ¡El señor Temple me ha pedido que le acompañara y lo hago sin interés! ¡Por eso comprendo la situación de Garden! ¡El ha sabido enfrentarse con los forajidos que salieron al paso a provocarle! ¡Es precisamente lo que debían tomar como ejemplo!

—Basta, Dave —intervino suavemente Homes—. Discutimos porque todos tenemos parte de razón. Creo que lo mejor será que ataquemos de fondo el problema que nos ha traído aquí.

Stuart dejóse caer en el asiento y pegó un gruñido.

—De acuerdo. No pienso perder tiempo en discusiones tontas.

Home esperó a que se aquietaran los ánimos y una vez conseguido dijo:

—Cada uno por su cuenta ha comentado la necesidad de crear un cuerpo de vigilancia encargado del orden en los *saloons* —hizo una pausa para que las palabras se gravaran en la más reacia

mollera y luego siguió—: Por lo que he visto hay dos bandos. Unos que opinan que esto es un gasto excesivo y que cada uno se arregle las dificultades en su casa. Los otros opinan que el cuerpo de vigilancia sería una buena cosa y resultaría más económica que mantener a un matón de turno. Incluso más agradable. ¿Van las objeciones?

Stuart saltó de nuevo como impulsado por un resorte.

—Lo que se necesita es una autoridad que por cuenta del erario público mantenga a la gente a raya. ¡Infiernos, es lo justo! Si quiero un tipo que muerda en mi casa, ya me lo alquilaré.

El *sheriff* Steel se vio tocado en lo vivo y tomó la palabra.

—Ya sé por dónde va, Stuart —gruñó—. ¡Pero quiero que se metan bien en la sesera que en todos los locales de las capitales del condado, los propietarios tienen un cuerpo de guardia para aplacar las peleas que se produjeran! Por eso ordené a todos ustedes que buscaran una forma para atajar las violencias en sus propios establecimientos. La autoridad entrará en acción cuando sea absolutamente necesario.

Un viejo soltó un escupitajo sobre la alfombra de Homes y éste hizo un gesto agrio, pero escuchó al anciano dueño del Río Rojo.

—Señores, creo que el *sheriff* debería ayudarnos un poco para que nadie se saliera de la raya. Yo, por ejemplo, tengo un par de hombres que cuidan del local. ¡Pero no pueden enfrentarse a pistoleras como lo ha hecho el pianista del Independence!

Homes apaciguó al *sheriff* y al anciano que amenazaban con enzarzarse en una agria discusión y sugirió:

—¿Por qué no le pedimos opinión a Garden? El viene de la gran ciudad y sabrá cómo se las componen los locales de Dallas en estos casos.

Jim aclaró la garganta.

—Hay una guardia en cada local, además de un cuerpo de guardia dirigido por el *sheriff*.

Homes se pegó una palmada en la frente.

—¡Ahora recuerdo! ¡Lo vi en el Clarence Dallas! Dos tipos quisieron destrozar el local, pero fueron reducidos en un parpadeo. Garden ha dado en el clavo.

—Yo tengo demasiado trabajo para dirigir grupos de vigilancia —gruñó el *sheriff*, evidentemente enfadado.

Homes movió las manos con energía.

—Lo mejor será que lo sometamos a votación —dijo—. Podemos hacerlo levantando la mano.

Lo hicieron y se quedó de acuerdo en formar un cuerpo de vigilancia a pesar de las protestas de varios propietarios dirigidos por Stuart.

El pelirrojo Dave se incorporó, mostrando sus seis pies de altura.

—¡Bien, señores! Si quieren yo me encargo de formarlo. ¡Incluso buscaré los hombres que necesito!

Stuart soltó una maldición.

—Ya sabía que intentarías sacar tajada de esto. Y apuesto a que cobras más de lo que podamos pagar.

Homes aplacó los ánimos.

—Bien, señores. La formación del cuerpo de vigilancia es harina de otro costal. En otra próxima reunión discutiremos el asunto —guiñó un ojo a Jim Garden—. Y usted tal vez nos pueda indicar los individuos más apropiados. ¿Le parece uno de ellos Gordon Foster?

—Tiene buenos puños —Jim se acarició el mentón.

Homes rió con fuerza.

—¡Bien, señores! ¡Se levanta la sesión!

Los componentes de la reunión se disolvieron haciendo comentarios de voz en grito. Homes retuvo a Jim Garden por el brazo.

—He tenido mucho gusto en conocerle —sonrió palmeándose el codo—. Hombres como usted son los que necesita Goldenville. Si hubiera mucho no sería necesario crear cuerpo de vigilantes.

—Hasta la vista, señor Homes —dijo Jim, y salió en pos de Philip Temple.

Homes y Dave, el pelirrojo, acompañaron al joven pianista hasta la puerta de la calle y cuando quedaron solos, Homes miró sonriente a Dave.

—Muchacho —dijo—. Hay que poner toda la carne en el asador y cargarnos cuanto antes a Jim Garden.

CAPÍTULO V

Jim Garden se detuvo un instante antes de empujar las puertas del Independence para escuchar la perorata de Sam Wooler que se hallaba encima de un carromato tirado por un tronco de caballos, a cuyo propietario acababa de regalar un tratamiento completo… para deshacerse de la solitaria.

—¡Señores, señores! ¡He dicho que la salud ha llegado a Goldenville y no pienso rebajar ni un poco así de mis palabras! ¡Soy conocido en Dallas, San Antonio, Kansas City y todo el sur como el Hombre que Puede Salvar a una Ciudad!

Wooler apoyóse en un gesto estudiado contra el hombro del esqueleto a su lado y después de menear la cabeza con pesar continuó:

—¡Es necesario que la gente se de cuenta de la fuente de sus males! ¡He visto morir cientos de personas atacados de enfermedades misteriosas donde la ciencia ha sido inútil! ¡Tipos robustos que enflaquecían hasta convertirse en algo tan delgado como el señor costillas que veis aquí a mi lado! ¡Sabéis por qué! ¡Ah, amigos, todas las cosas tienen un porqué! ¡El enemigo público de la humanidad es esto que veis dentro de este frasco lleno de *whisky*! —Wooler tocó con una varita el cristal del frasco que contenía algo parecido a un paquete de cuerda—. ¡La solitaria! ¡El bicho que se come por dentro al que lo alberga y lo deja peor que a Ted Costillas que aquí os presento! ¡Punto por punto explicaré cómo va merendándose al enfermo a menos que no se le expulse con el fantástico Polvo Oriental…!

Jim Garden se tragó la carcajada que estaba a punto de escapársele y empujó las puertas del Independence.

El local había aumentado de clientela desde que había salido y

en los rostros que se dirigieron a él notó la misma expectación que había recibido en el *saloon* de Los Tres Tréboles.

Philip le sirvió un vaso de licor y, mientras bebía, vio bajar a Sally Backer, más hermosa que nunca.

La docena de hombres que estaban repartidos en las mesas volvieron los ojos hacia arriba y las conversaciones se acallaron.

Jim fue al pie de la escalera con el vaso en la mano, y cuando Sally llegó al primer escalón, dijo:

—Estoy a su disposición para cuando quiera ensayar algo de su repertorio.

La muchacha apoyó el brazo en el pomo de la barandilla y ladeó la cabeza.

—Ya vi que trataba de conmoverme con mi pieza favorita.

—¿Se refiere a *Todo se complica para mí*?

Sally hizo un gesto de desagrado.

—El título dice lo que he sentido exactamente al venir a este lugarejo. —Y añadió aviesamente—: Usted ha debido pasar bastante hambre para venir a parar aquí, ¿verdad? ¿O también lo engañaron como a un chino?

—Ha habido de todo —replicó Jim—. Pero no me puedo quejar.

Sally echó hacia atrás la cabeza.

—Ya veo que su aspecto es de pura derrota. Se nota que era pistolero y que quiso probar suerte en el piano.

Jim la miró, mordisqueándose el labio.

—Oiga, ¿por qué no fumamos la pipa de la paz? ¿Acostumbra a hablar siempre con ese tono?

—Con tipos como usted no suelo gastarme finezas. ¿Qué se cree?

Jim respiró pacientemente.

—Si prefiriera ensayar un poco tal vez se le calmasen los ánimos. La música aquieta los nervios.

Por las pupilas de Sally pasó un relámpago.

—Tendré que tomar muchas precauciones antes de cantar acompañada por usted. Nunca estaré segura de salir entera. Me han hablado bastante acerca de sus asuntillos particulares.

—¿Sí?

Sally apretó los labios.

—Si tiene olfato, husmee en el aire y verá que no huele nada bien para usted. Todos saben que está a punto de ser asado por el

bandido de turno de esta comarca.

—¿Se refiere a Buck Loriman?

—Llámese como demonios quiera, Lo cierto es que tendrá que ir con ojo o le saltarán la tapadera de los sesos y algo puede salpicarme. Tal vez serrín.

Joe Lack llegó en aquel momento frotándose las manos.

—¡Eureka! Veo que están departiendo amigablemente. ¿Van a interpretar algún numerito? Philip está que se le comen las ganas y por lo que me dicen, dos de los tipos que te vieron ensayar están con cuarenta de fiebre.

—Es lo que se gana con cantar ante palurdos —dijo Sally, y agregó mirando a Jim—: Cuando tenga que tocar *Todo se complica para mí*, baje dos tonos. Usted pica muy alto.

Las palabras de Sally fueron cortadas por una serie de estampidos en la calle.

Se oyeron varios gritos en el exterior y la perorata de Sam Wooler fue interrumpida por un gallo de terror del viejo.

Jim sintió que el corazón le daba un vuelco y se lanzó hacia los batientes.

Lo que vio le llenó de estupor. Las maletas, los cachivaches e incluso la calavera, estaban por los suelos, mientras que por la esquina de la calle se levantaba un rastro de polvo que había dejado el carromato al emprender la huida.

El forzudo Gordon Foster acudió junto a Jim y le gritó:

—Se han llevado al abuelo. ¡Tres tipos asaltaron el carromato y se han largado con el viejo! ¡Demonios, será que están escarmentados por algún remedio mal tomado!

Jim se apartó del hombrón y se dirigió a uno de los caballos apersogados en la barra de enfrente, cuyo dueño se lo facilitó gritando:

—¡Salieron como alma que lleva el diablo! ¡Maldición, qué caras tenían los tipos! ¡Ya va arreglado el viejo!

Jim salió disparado en la montura sin acabar de escuchar las últimas palabras, y cuando llegó a las afueras del pueblo a uña de caballo, tragó saliva al contemplar la desierta llanura.

Remontó una loma sacando el máximo partido al caballo, y desde allí oteó sin buenos resultados.

De pronto, sus ojos se fijaron en un reguero de polvo blanco que

reconoció al punto como los que Sam empleaba en sus remedios, y siguió el rastro.

Durante varios minutos trató de no perder la pista que evidentemente era ocasional. La caja de polvos debió quedarse enganchada con la huida del carromato y regó de cuando en cuando el camino. Era escaso el rastro, pero lo suficiente para que Jim lo fuese redescubriendo en varios trozos del camino. En las ocasiones en que faltaban los polvos, las ruedas de las llantas lo sustituían.

Después de media hora de búsqueda, Jim alzó la cabeza y vio el camino que bordeaba el bosque.

Espoleó con energías las bridas del caballo y se lanzó por entre los primeros pinos, habiendo perdido ahora toda serial de polvos blancos.

Entonces vio la cabaña.

Estaba media oculta por los árboles y parecía abandonada.

Sin embargo, una pequeña columna de humo casi invisible, emergiendo de la derruida chimenea indicó a Jim que estaba en buen camino.

La quietud del lugar le indicó que debía andarse con cuidado. Tenía una experiencia ocurrida en Saddyetrich. La casa parecía desierta y de pronto se llenó de rurales armados hasta los dientes que le desbarataron el trabajo.

Se ocultó como pudo entre los matorrales de los pinos enanos y ascendió la pequeña loma.

Un par de veces, ramas secas crujieron bajo sus pies, y se detuvo con el corazón golpeándole fuertemente.

Luego sacó el revólver y se fue directamente hacia la cabaña, sin dejar de observar los alrededores.

Entonces descubrió a un tipo armado con un rifle y se ocultó como pudo en la esquina.

Esperó que llegara y le acarició el cogote con la culata del «Colt».

El tipo cayó sin exhalar un gemido y Jim lo sostuvo para que no produjera ruido. Lo dejó apoyado contra la pared, y por la ventana miró adentro.

Entonces, le golpearon con fuerza en la nuca y Jim se desplomó, perdiendo el sentido.

CAPÍTULO VI

Buck Loriman soltó una risotada y de paso percutió el costado de Jim con la bota.

—¿De modo que este tipo es ese que se los comía cruzados?

Un tipo delgado, con cara de conejo, rió alborozado.

—¡Jefe, y luego decían que era tan listo! ¡Lo hemos cogido como a una comadreja!

Loriman observó al viejo Wooler, que presenciaba la escena con la cara contraída por la rabia.

—¡Vamos, abuelo! ¡Dele uno de sus mejunjes a ver si vuelve en sí! Un tipo que se ha cargado a varios de mis mejores hombres no debe morir sin haber tenido unas palabras conmigo.

—Usted es un cerdo, Loriman —dijo Wooler—. En mi pueblo, a los tipos como usted los colgábamos de una rama después de untarles el cuerpo con polvos de
pica-pica.

Loriman se acercó al vejete y levantó la mano para soltarle un revés.

—¡No haga eso, Loriman! —exclamó Jim.

El forajido volvió rápidamente la cabeza y de pronto su rostro hosco se desdibujó con una sonrisa de crueldad.

—¡Vaya, el bebé acaba de despertar! —rió con ganas—. ¡Apuesto a que tiene ganas de que le demos el biberón!

El tipo con cara de conejo acompañó a su jefe en el buen humor y sacó el revólver, apoyando el cañón en la sien de Jim.

—Yo le daré la ración que necesita. Me juego el sueldo a que el fulano tiene ganas de esta clase de biberón.

Loriman apartó al sujeto con un gesto y se encaró con Jim Garden.

—Bien, bien, pianista —resolló de buen humor—. Si viera las ganas que tenía de verlo así, sin pizca de agallas, no se lo creería.

Jim alzó la cabeza.

Loriman se frotó las manos con gusto.

—Garden —dijo—. Ha hecho unas cuantas cosas malas en Goldenville y eso se paga caro. De veras que le aprecio desde que le he oído sus hazañas. No ha habido nadie que tuviera redaños para hacer lo que les ha hecho a mis chicos. —Se descubrió con respeto a la memoria de los difuntos—. Pero eran demasiado fanfarrones. Eso es lo que le pierde a la gente que entiende de gatillo. Usted, por ejemplo. Pudo saldar cuentas con Lou, Bill y Bronco e inmediatamente largarse con viento fresco. Eso es lo que hacen los tipos con cabeza. Pero, ya digo: la fanfarronería los acaba. Usted está acabado, Garden. Ya ha paseado bastante el tipo por Goldenville.

—Deje el discurso, Loriman —Jim se desperezó notando que le dolía todo el cuerpo—. ¿Dónde va a parar con tanta monserga?

Loriman le observó con un solo ojo, bastante perplejo. Aquel tipo era de los que tienen arrestos. Estaba en un aprieto y tenía ganas de acabar.

—Sólo decirle que ha sido usted un tarugo. Quería que tuviera toda su vida clara antes de morir. Los polvos que dejamos por el camino era adrede para que picara.

—Loriman, usted tiene sesos —aprobó Jim, pero sabía el cuento desde el principio.

—Mire, Garden. En realidad no tengo nada contra usted. Lo de la muerte de esos pájaros no me enemistaría con nadie. Ya me andaban con demasiadas exigencias y bueno es que hayan ido a descansar eternamente —Loriman se descubrió de nuevo—. Pero tengo la orden de dejarlo tieso como un espárrago.

—¿Quién le paga?

Buck Loriman sonrió, masajeándose el mentón.

—Es lógico que lo pregunte, pero no pienso decírselo.

—¿Por qué, Loriman?

El jefe de la banda miró a través de la ventana.

—Un tipo de San Miguel, representante del Gobierno, dijo una frase que no se me olvidará nunca. «Los hombres, incluso malhechores, deben tener ética profesional». ¡Infiernos! Suena bien,

¿verdad?

—Espero que lo entienda —dijo Jim.

Loriman sonrió de aquel modo tan fácil que tenía de hacerlo.

—Claro que sí, Garden. No soy un palurdo. Quiero decirle que no puedo abrir la boca acerca de quién me llena la bolsa por la muerte de usted.

—Comprendo.

—Sería una falta de ética.

Jim lo miró con interés. Loriman era un sujeto de reacciones extrañas y pensamiento retorcido.

—Por lo menos podría decirme qué razón tienen para desear mi muerte. Eso no perjudica la ética, ¿eh, Loriman?

El aludido se rascó detrás de la oreja al sentir una súbita picazón.

—Usted es un pajarraco de cuidado, Garden. No me explico en realidad cómo ha podido caer en esta trampa.

—Ni yo —replicó Jim.

—Verá —parpadeó Loriman—. Creo que alguien está molesto por la forma en se ha desenvuelto en el local de Philip. Están interesados en que ese local no de rendimiento y para eso nos cargamos al pianista aquél. Cosa de rivalidad entre propietarios del pueblo.

—Siga, Loriman.

Éste permaneció cejijunto y agregó:

—Al venir usted a este pueblo, y dar la batalla, los que quisieron descomponer el espectáculo del Independence han visto que es peor el remedio que la enfermedad.

Un tipo del rincón, con aspecto de oso de las montañas, interrumpió a Loriman:

—Jefe, no debe darle tantas explicaciones.

Buck se volvió examinándolo con ojos entrecerrados.

—Cualquier día te voy a dejar chato de un balazo, Hugh. A ver si aprendes a callarte cuando hablo.

Hugh se tragó la píldora y dio un gruñido.

Loriman se dirigió otra vez a Jim Garden.

—Bueno, Garden —suspiró—. La verdad es que no tengo por qué hacerlo tan largo. Sólo quería demostrarle antes de que se vaya a las alturas que no tengo nada personal contra usted.

—Me lo figuraba —en la voz de Jim había un asomo de sarcasmo.

—Y quiero añadir lo pasmado que me dejó al cargarse a los chicos. Usted es bueno de veras…

La puerta de la cabaña se abrió y el individuo que Jim había golpeado entró rascándose el cogote.

—¡Jefe, un tipo me atizó en la cabeza! ¡Me ha dejado medio loco! —se interrumpió al ver a los dos hombres del suelo— ¿Eh? ¿Son ésos, jefe?

Loriman se volvió hacia él con el ceño fruncido.

—He de decirte que no me gusta tu forma de trabajar, Marty —sacó el «Colt» y le dio la vuelta al cilindro—. Cuando ordeno que alguien monte guardia, ha de tener los ojos bien abiertos.

—¡Jefe, yo…!

—Te tomé unos días a prueba, pero veo que no sirves para esto —atajó Buck.

—¡Pudo pasarle a cualquiera, jefe! ¡Le aseguro que no me ocurrirá más!

Loriman sacudió la cabeza y se descubrió respetuosamente.

—No te pasará más, hijo. —Apretó el gatillo dos veces y las detonaciones resonaron con fuerza dentro del pequeño recinto.

Marty contrajo el cuerpo al recibir los dos proyectiles y abrió los ojos llenos de pasmo.

Fue a hablar, mas una bocanada espesa de sangre le cortó las palabras y cayó arrugado como un trapo sucio.

Loriman sopló el cañón del arma y se cubrió nuevamente.

—Tengo que seleccionar a mis chicos —explicó sin dirigirse a nadie en particular—. Un tipo que no sabe trabajar es peor que una bomba con la mecha corta y encendida.

Jim y Sam permanecieron mudos ante la expresión de Loriman.

Éste sonrió después que el humo desapareció.

—Ahora les toca a ustedes, señores. ¿Tienen algo que decir después de cerrar los ojos para siempre?

Jim contempló con los ojos velados el revólver del caído Marty, que estaba solo a un par de pasos de donde se encontraba y dijo:

—Sí, Loriman. Tengo algo que objetar.

Loriman se echó el ala del sombrero hacia atrás.

—Dígalo, pianista. Cumpliremos con sus parientes e incluso les

mandaremos algún dólar para el luto.

Jim saltó de pronto, disparando sus encogidas piernas, y pescó el revólver tirado al suelo.

Loriman, Hugh y el tipo con cara de ratón soltaron una maldición a coro y apretaron los gatillos.

Jim hizo funcionar el «Colt» a su vez, mientras continuaba rodando por el estrecho espacio y las detonaciones de su propia arma se confundieron con las de los forajidos produciendo un trueno ensordecedor y nubes espesas de humo.

Loriman y sus hombres se abatieron por el suelo después de contorsionarse al recibir los impactos, cayendo uno sobre otro hasta formar una pila de cadáveres.

Jim esperó a que la atmósfera cargada de pólvora se aclarara, y para ello abrió la puerta de la cabaña de par en par.

Luego dio la mano a Sam Wooler para que se incorporase y el viejo se puso en pie víctima de un tembleque.

—¡Muchacho! —balbució, sin acabar de creer lo que veían sus ojos—. ¡Sólo estamos tú y yo vivos!

—Y cree que es un verdadero milagro, Sam.

—¿Si lo creo? ¡Que me metan en salmuera! ¡Ya me había despedido del mundo de los vivos!

Los dos hombres salieron de la cabaña, llena todavía de humo.

—Bien, Sam. Ya ha pasado lo peor. Loriman era el más temido y no dará más quebraderos de cabeza.

—¡Jim! ¿Cómo pudiste meterte en la boca del lobo? ¡Ellos no parecían sospechar nada de lo nuestro! ¡Si nos querían liquidar era por el asunto del *saloon*! ¡Yo sólo fui el cebo para que cayeras tú! Ellos sabían que el pianista era amigo del viejo de los ungüentos.

Jim anduvo pensativo hacia el carromato medio escondido entre la vegetación.

—Nunca sabremos la verdad exacta, Sam.

—Lo veo difícil. Pero de momento hemos de tener en cuenta al tipo que los contrató para que nos amortizaran. Le ha fallado Loriman, pero no cejará en su propósito. ¿Quién era, Jim? —El viejo subió al pescante.

Jim tomó las riendas.

—Puede que sea el tipo que buscamos —murmuró en voz alta, y mientras ponía en marcha el vehículo silbó una canción que estaba

aprendiendo al piano y que empezaba «Cuando tú y yo nos buscamos…»

CAPÍTULO VII

Jim Garden bajó del carromato y, mientras el viejo Sam se encargaba de devolverlo a su dueño y hacerse cargo de las cosas de su negocio de mejunjes, el *sheriff* Steel apareció a uña de caballo por mitad de la calle.

—¡Garden! —llamó desde lo alto de la cabalgadura.

Jim se volvió hacia él y ayudó a que contuviera al casi desbocado alazán.

—¿Ocurre algo, *sheriff*?

Steel escupió en un gesto de indignación.

—¿Cómo si ocurre? —exclamó—. ¡Hay cuatro muertos en la montaña! ¡Y aún me pregunta si ocurre algo!

Steel se dejó caer del caballo y acercóse a Jim con aire belicoso.

—Usted se cree que yo no pinto nada en Goldenville, ¿eh?

—*Sheriff*, iba a comunicarle el fallecimiento de esos hombres.

—¡Maldición! —Escupió Steel con fuerza—. ¡En mi vida he visto a un individuo que tenga su sangre fría! ¿Cómo ha conseguido matarlos?

Jim se rascó una patilla.

—Tuvimos unas ligeras diferencias, *sheriff*.

Steel resopló y enseñó los dientes en una sonrisa de perro lobo.

—Salí después de que usted lo hizo porque me suponía que le daría gusto al dedo. Apuesto que los liquidó por alguna reclamación de su amigo, el de las mantecas milagrosas.

—No, *sheriff*. Me quisieron tender una trampa. El jefe de aquellos hombres era Buck Loriman.

Steel abrió la boca.

—¿Loriman? ¡Condenación! Ahora caigo. ¡Debía ser aquel que tenía la cara borrada de dos balazos!

—Usted es un buen fisonomista, *sheriff*.

El representante de la ley apretó los dientes, haciéndolos rechinar.

—Se ha pasado de vivo, Garden.

—Ha empleado las palabras justas, *sheriff*. Estaba ya muerto en la cabaña porque me tenían atrapado, más por fortuna pude volver la situación al revés, y gracias a eso sigo respirando.

—Ande, dígame, Garden, ¿por qué Loriman quería matarle a usted?

—Es la mar de sencillo. Yo me cargué a tres de sus hombres.

—No me resulta tan sencillo a mí. Ellos se llevaron al viejo.

—Alguien les dijo que Sam y yo eramos buenos amigos, y Loriman dedujo que me lanzaría en pos de ellos para rescatar a Sam Wooler.

Hubo una pausa entre los dos hombres.

—Ahora que ha terminado su negocio, ¿por qué no se marcha, Garden? —sugirió Steel meneando la cabeza.

—Eso suena como un chiste en su boca, *sheriff* —Jim sonrió—. He librado a una ciudad de una pandilla de pistoleros, y usted, en lugar de darme las gracias, me aconseja una salida rápida.

—Me he dado cuenta de que usted es un tipo que atrae a la muerte. Es cierto que ha acabado con Loriman y sus forajidos, pero ¿quién me dice que en cualquier momento no podrá morir gente inocente?

—Sólo le puedo decir una cosa, *sheriff*. Cada una de mis balas irá a parar al tipo que se la haya merecido.

Tras pronunciar estas palabras, el joven se metió en el Independence. El local ofrecía un brillante aspecto lleno de gente.

Philip salió a su encuentro, enjugándose la cara con el pañuelo.

—Al fin está aquí, muchacho, cinco minutos más y la clientela me destroza el local.

—¿Qué es lo que pasa, Philip?

—¿Qué quiere que pase? Se ha corrido la voz de que tengo a la mejor pareja de Goldenville, una mujer con más curvas que un tobogán y Jim Garden, un pianista pistolero…

Por lo que más quiera, dese prisa y empiece su trabajo. Sally Backer está de un humor de todos los demonios.

La joven estaba con un brazo en jarras junto al piano.

Jim fue hacia ella y la joven lo recibió con una despreciativa sonrisa.

—¿Haciendo horas extras, *gun-man*?

—La vida está difícil —repuso Jim, sentándose ante el piano, y luego agregó midiéndola de pies a cabeza—: ¿Qué quiere que le toque?

Los ojos de la joven chispearon furiosos.

—¿Conoce eso de *Soy una nena muy tonta*?

—Preferiría Tiene unos ojazos que asustan.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Lo dice con segundas?

—No se lo crea demasiado. Era únicamente una pregunta inocente.

La joven empezó a enrojecer.

—Se las pinta sólo para resultar desagradable.

—No empecemos a discutir, Sally —dijo él, e inició la interpretación de *Soy una nena muy tonta.*

Instantáneamente sonó una salva de aplausos que se fueron callando cuando la joven se dispuso a cantar. Lo hizo con voz suave, aterciopelada, poniendo mucha picardía en los ojos y en el movimiento de hombros y cadera. El número llegó a su momento más explosivo cuando Sally cantó el estribillo:

> ¿Quién me quiere enseñar algo?
> Soy una nena tonta, muy tonta.
> Si usted que me está mirando.
> Me quiere hacer un favor,
> hágalo aprisa, pero… ponga un
> poco de calor.

—¡Allá voy, dulzura! —gritó un tipo desde el mostrador, y empezó a serpentear por entre las mesas, pero alguien le puso la zancadilla y el tipo se derrumbó estrellando la cara contra una escupidera.

Los espectadores prorrumpieron en una carcajada que bajaron

de tono para poder oír a Sally Backer el final de la canción.

Un rugido se levantó entre las mesas y los hombres se levantaron echando los sombreros al aire, sacando humo de las palmas de tanto aplaudir.

Sally Backer saludó con una reverencia y luego hizo un gesto señalando a Jim para hacerle partícipe de su triunfo. Pero Garden sabía cuándo debía de estarse quieto. Los parroquianos estaban entusiasmados con Sally porque la joven lo poseía todo, belleza, voz y un cuerpo escultural.

—¿Qué va a cantar ahora? —preguntó.

—Nada —respondió ella, mientras continuaba sonriendo al público que no dejaba de aplaudirla.

—¿No los oye? Quieren que repita:

—Cogí un poco de frío en el tren y sería una imprudencia por mi parte sobrecargar mis cuerdas vocales. Dígaselo a Philip. No volveré a cantar hasta mañana.

—Como quiera.

Sally Backer dio media vuelta y se encaminó a la puerta del fondo. Allí tuvo que volverse y saludar a aquel público que ya era incondicionalmente suyo. Luego, definitivamente desapareció subiendo por la escalera.

Philip se llegó al lado de Jim.

—¡Maravilloso, muchacho!

—Todo el mérito corresponde a la chica, y a propósito, me ha pedido que le indique que no volverá a cantar hasta mañana.

Philip se frotó las manos.

—Bueno, así quedarán con ganas de repetir —Alzó las manos para imponer silencio y cuando lo hubo conseguido anunció—: Amigos todos. Como sabéis, mi última adquisición Sally Backer acaba de llegar de la ciudad. Ella está muy cansada y con ganas de irse a dormir, pero por deferencia a vosotros ha cantado un número. Esto sólo ha sido un anticipo de lo que será su actuación a lo largo de los próximos días. Hasta mañana os ruego que tengáis un poco de paciencia.

La clientela demostró su mal humor con gestos y voces; pero luego, teniendo en cuenta, que la ausencia de Sally se debía a causa mayor, no tuvieron más remedia que conformarse.

Philip invitó a Jim a que tomase un *whisky* y el joven, mientras

lo bebía, fumó un cigarrillo.

Decidió retirarse a su habitación. El día, con todas sus emociones había resultado demasiado cansado y necesitaba un descanso.

Subió la escalera y al llegar a arriba se detuvo, viendo a Sally a la puerta de su habitación junto a un hombre que la había cogido del brazo.

—Tú, me vienes a la medida, nena —decía el tipo con voz carrasposa.

—¿Quiere dejarme en paz?

—Oye, ricura, me zafé de mis amigos abajo y sólo me llegué aquí para que tú y yo hablemos de nuestras cosas.

—Yo no tengo nada que hablar con usted, y por favor, suélteme el brazo, me está haciendo daño.

El hombre alto, rubio, fuerte como un toro, de indumentaria llena de sudor, soltó una risotada.

—Soy fuerte, ¿verdad? A las mujeres les gusta que los hombres sean como robles.

—Usted no me interesa lo más mínimo y le ruego que se vaya.

—Soy Geo Murray, un tipo único en su trato con las chicas. Tengo fama en Goldenville, ¿sabes? Me basta con entrar en un *saloon* para que media docena de beldades se me acerquen. Pero ya ves lo que son las cosas. Todas ellas me importan un rábano. Apenas te eché una ojeada, me dije que tú ibas a ser mi favorita. Contenta, ¿verdad?

—Muérase.

Geo Murray no se murió. Por el contrario movió los brazos con mucha rapidez y aprisionó entre ellos el talle de avispa de Sally, atrayéndola hacia sí.

De pronto les llegó la voz de Jim:

—Ya acabó la juerga, Murray.

El hombretón dejó libre a la muchacha y se volvió como una centella.

—¿Es usted su perro guardián?

—No, Murray, no lo soy, pero usted se va a largar de todas formas.

—De modo que además de tocar el piano, le gusta entrometerse en los negocios ajenos.

—Cierre la boca y empiece a mover las piernas.

Murray vio la mano de Jim cerca del revólver y entonces se apretó el puente de la nariz, diciendo:

—Está bien, me advirtieron quien es usted con el revólver y no tengo ganas de que me haga un agujero.

Echó a andar indolentemente hacia la pared, pero al llegar a la altura de Jim le disparó el puño al hígado.

Garden se las sabía todas y, al oír la última respuesta de Murray, supo que el tipo sólo trataba de engañarle, de modo que ahora saltó a un lado y el enorme puño de su rival se estrelló contra la pared.

Murray lanzó un grito de dolor, pero tozudo, quiso emplear el otro brazo, el izquierdo.

Garden le paró el golpe y replicó con un trallazo en la cara.

Murray rodó por las escaleras abajo como una pelota, desapareciendo de la vista de Jim.

Sally continuaba junto a su puerta y se había llevado las manos a la cara en un gesto de horror.

Jim abrió y cerró la mano con la que había dejado fuera de combate a Murray mientras se acercaba a la muchacha.

—No debe ser una nena tonta.

—¿Qué supone? —dijo ella levantando la barbilla.

—Murray llamó a la puerta y usted la abrió.

—Creí que sería Philip o Joe Lack.

—Pudo preguntarlo antes para cerciorarse.

—Usted es un sabelotodo.

—Simplemente alguien que tiene un poco de experiencia.

—Yo también la tengo.

Jim echó a andar hacia su cuarto diciendo:

—Póngala en práctica y le servirá de algo.

—Es usted un… un…

Jim se volvió cuando ya había metido la llave en la cerradura.

—¿Un qué, Sally?

—¡Un déspota! —exclamó ella con voz triunfal.

Jim frunció el ceño y fue a dar una respuesta, pero ella entró en su habitación pegando un fuerte portazo.

CAPÍTULO VIII

Garden estaba a punto de conciliar el sueño cuando llamaron a la puerta y oyó la voz de Sam:

—Eh, muchacho, abre.

Saltó de la cama con los pies desnudos y alcanzó el revólver del cinturón que coleaba de la silla. Luego acercóse a la puerta y dio la vuelta a la llave.

Sam se coló en la habitación.

—¿Qué te pasa, Wooler? —inquirió Garden.

—He conseguido cobrar una pieza —Wooler metió la mano en el bolsillo y sacó un billete de cinco dólares que largó a su amigo.

Jim cogió el billete y se acercó a la ventana mirándolo a trasluz.

—Sí, abuelo. Éste es un ejemplar bueno. Exacto a los otros tres que llegaron a nuestra oficina.

—Mas falsos que Judas.

—Y está nuevo.

—Ya me di cuenta de ello. Apuesto a que lo sacaron recientemente del horno.

Jim dobló cuidadosamente el billete y se lo guardó.

—¿Viste al tipo que te lo dio?

—Sí, muchacho. Es un fulano estirado, de cabeza muy pequeña y nariz un poco torcida que entró en el *saloon* Tres Tréboles. Ahora debe estar allí. Me compró un paquete de polvos de a dólar para acabar con la solitaria y yo le di el sobre y cuatro dólares a cambio —Wooler sonrió—. Ya te dije que el truco serviría.

—Está bien, abuelo. Me llegaré a echarle una ojeada a ese tipo.

Kurt Homes iba de un lado a otro de su despacho paseando nerviosamente, como un animal enjaulado. De pronto se detuvo

mirando al pelirrojo Dave.

—No me lo puedo creer. ¿Cómo ha podido cargarse a Buck Loriman y a todos sus hombres?

—Garden es un tipo peligroso.

—¡Al diablo con eso! Por muy peligroso que sea ya debía de estar enterrado. Me costó un dineral traer aquí a Loriman. ¿Y qué es lo que ha pasado? Perdí mi dinero y esos hombres.

Dave soltó una risita.

—¿Su dinero, jefe? ¿No recuerda que los pagó con los billetes que nosotros fabricamos?

Homes mordió el puro que estaba fumando.

—He emprendido un buen negocio y no consentiré que nadie me lo eche a perder.

—Nadie logrará eso.

—Ya hemos falsificado cincuenta mil dólares, pero yo necesito ser el dueño de unos cuantos *saloons* para ponerlos en circulación. Y todos sabemos que el *saloon* Independence ocupa el mejor lugar de la calle. Philip estaba a punto de arruinarse y de pronto ha surgido ese pianista.

—Yo no olvidaría a Sally Baker. ¿La vio usted, jefe…? Demonios, qué mujer… Tiene lo suyo y lo de una prima hermana…

—Es él, Garden, quien me preocupa. ¿No te das cuenta que a Sally la tendré una vez tenga el Independence?

—¿Qué se le ocurre, jefe?

—Sólo te voy a dar una orden, Dave. Liquida a ese tipo, a Jim Garden.

El pelirrojo se rascó una mejilla.

—Creo que tengo al hombre que necesitamos para hacer ese trabajo.

—¿A quién te refieres?

—A Freddy *el Tartamudo.*

—¿No es ése el tipo que mató a tres hombres en Amarillo?

—El mismo, jefe. Tuve amistad con él hace algún tiempo y resulta que se encuentra en la ciudad.

—Jim Garden ha resultado ser un tipo con mucha clase.

—Freddy *el Tartamudo* es genial, jefe. Verá cómo trabaja. Se pone a hablar con la víctima elegida. A Freddy, naturalmente le cuesta mucho trabajo soltar las palabras, se atranca una y otra vez y

tiene que girar el cuello para escupir las palabras. ¿Ha hablado alguna vez con un tartamudo, jefe?

—Sí.

—Entonces sabrá lo que pasa. Uno se sugestiona y hace esfuerzos por ayudarle a terminar las palabras. Ése es el arma secreta de Freddy, porque cuando tiene al tipo pendiente de su tartajeo, de pronto saca el revólver y le mete cuatro balas en el cuerpo.

—¿Crees que servirá ese truco para acabar con Garden?

Dave sonrió.

—Ya puede estar seguro de ello.

—Está bien. Dale el aviso y que haga el trabajo enseguida.

—Lo malo es que Freddy es un tipo caro.

—¿Cunto pide?

—Doscientos pavos.

Homes se acercó a la mesa y tiró de un cajón del cual extrajo un fajo de billetes completamente nuevos. Apartó cuarenta y alargólos a Dave, sonriente.

—Doscientos dólares, calentitos.

Dave lanzó una risotada.

—Usted es único, jefe. Resulta que lo de Garden le va a resultar gratis. Demonios, un falsificador puede pegarse la gran vida sin necesidad de pegar golpe…

—Sal por la puerta de atrás y comunícame el resultado cuanto antes.

—Descuide, jefe. Seré como una bala.

Dave desapareció por una puerta que había cerca de una mesa.

Casi al instante llamaron en la que comunicaba con el *saloon* y Homes autorizó la entrada.

Martin Flanagan, su hombre de confianza, penetró en el despacho con un billete de cinco dólares en la mano. Estaba nuevo.

—Mire esto, señor Homes.

—¡Maldita sea!, es uno de nuestros billetes. ¿Nos pagaron con él?

—Sí.

—¿Quién ha sido?

—Uno de los hombres en quien usted confió, Leslie Russell. Está ahí fuera y parece que bebió demasiado. Dice que ahora va a acabar

con la solitaria gracias a los polvos que compró a un viejo.

—¡Condenado sea…! Le advertí que no debía llegarse por la ciudad… ¿No les dejaste suficiente provisión de *whisky*?

—Desde luego, jefe, pero Russell habrá echado de menos una mujer y se ha largado del refugio.

—Yo le daré una mujer. Anda y tráelo aquí.

Flanagan, muy alto, de cabello negro y rostro bien parecido, hizo un gesto de conformidad y abrió la puerta, saliendo de la estancia.

Al cabo de un rato, volvió a entrar acompañado por Russell, un tipo de cabeza muy pequeña y nariz torcida.

Flanagan cerró la puerta y se quedó allí, apoyada la espalda en la pared.

Russell también quedó inmóvil mirando la cara de Homes.

—Martín me dijo que usted quería hablar conmigo, jefe.

—Sí, muchacho —Homes observó el humo de su cigarrillo que ascendía al techo—. Se me ha ocurrido hacerte recordar algunas cosas.

—¿El qué, jefe?

—¿Cuánto cobras por tu trabajo?

—Usted lo sabe —sonrió el rubio.

—Dilo de todas formas.

—Trescientos dólares al mes.

—Y naturalmente, te pago en dinero bueno, ¿verdad, Russell?

—Desde luego.

—Dinero admitido por la Tesorería de los Estados Unidos, ¿verdad, Russell?, no emitido por nosotros.

—¿A qué viene esto, señor Homes?

Los ojos del dueño de los Tres Tréboles se fijaron en el rostro de Russell.

—Eres un hijo de perra, muchacho.

Russell demudó el rostro.

—No debe insultarme, jefe.

—Eres un bastardo y lo mantengo —Homes se adelantó hacia su visitante y le descargó el puño en la cara.

Russell se desplomó y cuando quedó sentado movió la mano hacia el revólver.

—¡Cuidado, Russell! —le advirtió Martin Flanagan desde la

puerta.

Russell miró hacia aquel lado y vio a Flanagan esgrimiendo un revólver.

—¿Qué les pasa a ustedes? —rezongó, mientras se levantaba.

—¿Todavía tienes el valor de preguntarlo? —repuso Homes—. Está bien, yo te lo diré. Has desobedecido mis órdenes alejándote del refugio.

—Hay seis hombres guardándolo, jefe, y todos son de confianza. Yo mismo los elegí.

—Es posible que ellos sean de confianza, pero tú, has perdido la mía, Russell.

—¿Por qué, señor Homes?

—Debería dar a Martin orden de que te balease. Has pasado un billete falso de cinco dólares en mi propio establecimiento.

Russell fue a replicar, pero Homes se acercó a la mesa y cogió el billete que había recibido de Martin.

—Tú fuiste quien lo dio.

—Lo siento, jefe, quizá se me fue de la mano y, por coger uno bueno, tome éste…

—No, muchacho. Ésa no es la razón. Tú estás allí en el refugio, donde se fabrican los billetes, y caíste en la tentación. Apuesto a que no te diste por satisfecho con atrapar un billete. Seguro que fueron algunos centenares.

—No, señor Homes.

—¿Cuántos?

Russell bajó los ojos al suelo, incapaz de resistir la mirada que le dirigía Homes.

—Sólo fue un fajo de diez. En total, cincuenta dólares.

—Está bien. Escúpelos.

Russell sacó del bolsillo un montón de billetes nuevos que entregó a Homes. Éste los contó y alzó los ojos.

—Aquí sólo hay ocho billetes y si agregamos el que utilizaste para pagar tu *whisky* aquí, son nueve. ¿Dónde está el otro?

—No sé…, quizá se me perdió… Seguro que ha sido eso —contestó Leslie con voz temblorosa.

—Maldito seas, Russell. Te voy a sacar la dentadura de cuajo.

—No intente pegarme de nuevo, jefe.

Homes sonrió.

—¿Es que necesito recordarte que Flanagan te está apuntando con su 45? Anda, intenta burlar siquiera un puñetazo mío y te enviará una bala… ¿Lo has oído, Flanagan?

—No se preocupe, jefe —contestó el aludido—. Russell tendrá su plomo si se comporta como un mal chico.

Homes, consciente de su superioridad, dio dos pasos, acercándose a Leslie.

—Bien, chico, ¿dónde está el otro billete? —Cerró el puño para que Russell no tuviera duda de lo que iba a ocurrir si no daba una respuesta satisfactoria.

—Se lo di al abuelo.

—¿Qué abuelo? No sabía que tuvieses parientes en Goldenville.

—No se trata de mi abuelo, señor Homes, sino de ese viejo que vende polvos y ungüentos. Usted ya sabe que yo padezco de la solitaria. He visitado a una legión de médicos y he probado un centenar de remedios sin resultado.

El rostro de Homes se endureció.

—¿Cuánto valían esos polvos?

—Un dólar.

—De modo que por un dólar diste un billete falso.

—Ese viejo es inofensivo, señor Homes.

—Te voy a arrancar la piel, Russell. Yo soy el amo de mi negocio y el único que puede pasar los billetes falsos, y ya recibes un buen sueldo por tu trabajo.

Hubo un silencio en la estancia y Flanagan dijo desde la puerta:

—Será mejor que le meta ya el plomo, jefe.

—¡No! —gritó Leslie, retrocediendo hacia un diván que había Contra la pared.

—Párate ahí, Russell —ordenó Homes.

Leslie se inmovilizó, pasándose la lengua por el labio inferior.

—No me mate, jefe, por lo que más quiera… Le juro que no volveré a quitar dinero… Tiene mi palabra.

Homes se golpeó el puño cerrado con la palma de la otra mano.

—Claro que no, Leslie. Tú no vas a repetirlo más, pero es necesario que te de un escarmiento.

—No, jefe… No es necesario…

—Mi tutor me decía que la letra con sangre entra… Y te lo repito yo a ti ahora.

Homes le disparó el puño al estómago y Russell, alcanzado de lleno, se dobló soltando arcadas.

Homes le conectó la izquierda en la nariz, con un restallido.

Russell cayó en el diván. Homes le siguió en su carrera y ahora le pegó en el ojo izquierdo.

Leslie quedó de bruces soltando un gemido, a punta de perder el conocimiento.

De pronto la puerta del despacho fue abierta desde fuera y en el hueco apareció la figura de Jim Garden.

CAPÍTULO IX

Flanagan se revolvió con el arma en la mano y Garden le descargó el filo de la zurda en la muñeca.

Flanagan lanzó un grito de dolor mientras su revólver caía al suelo.

El rostro de Kurt Homes se convirtió en una máscara pálida.

—¿Qué es lo que hace, señor Garden?

Jim se hizo cargo de la escena.

—Oí un grito fuera e imaginé que alguien necesitaba ayuda.

Flanagan se arrojó al suelo para recuperar su revólver, pero Garden pegó un patadón al 45, enviándolo a la otra parte de la estancia.

Flanagan, de rodillas, alzó los ojos inyectados en sangre.

—¡Esto lo va a pagar, pianista!

Homes intervino conciliador.

—No hables así, Martin. El señor Garden es amigo.

Flanagan miró a su jefe con un fruncimiento de perplejidad.

Russell se levantó, poniéndose un pañuelo en la nariz por la que manaba la sangre. Su ojo izquierdo estaba completamente cerrado y poco a poco se le hinchaba.

—¿Qué le ha ocurrido, amigo? —preguntó Garden.

Russell miró con su único ojo sano a Homes y luego contestó:

—No tuvo importancia. Se me ocurrió venir a protestar ante el señor Homes porque creí que allí afuera había un tahúr que hacía trampas, pero ahora estoy convencido de que fueron alucinaciones mías.

Homes esbozó una sonrisa.

—No comprendo cómo es la gente, Garden. Uno trabaja honradamente y los clientes no se lo creen. Jamás he consentido

que en mi *saloon* se hiciesen sucias faenas. Este muchacho se equivocó de medio a medio, pero la verdad es que empleó un tono y unas palabras inadecuadas y tuve que darle un castigo, pero ahora que el asunto ya ha terminado, no tengo inconveniente en ofrecerle mi mano —se la alargó a Russell y éste la estrechó.

—Perdone, señor Homes —dijo.

—No tiene importancia; pero ahora márchese, y hágame caso, no vuelva por aquí.

Russell cabeceó de arriba a abajo y luego echó a andar hacia la puerta, por la que salió.

Garden se dijo que debía seguir a aquel individuo. Todo lo que había pasado allí era muy extraño, pero, naturalmente, el llamado Russell lo sacaría de dudas.

—Celebro que todo haya quedado en nada, señor Homes.

—¿Se va ya?

—Sí, he de regresar al Independence.

—Quédese, le invito a un *whisky*.

—Se lo agradezco, pero no bebo durante las horas de trabajo.

Dio media vuelta y salió del despacho, cerrando tras de sí.

Russell estaba empujando las hojas de vaivén que comunicaban con la calle y él se dio mucha prisa en serpentear por entre las mesas.

Una vez en la acera de tablones vio que Russell desataba las bridas del potro y de la barra, y luego montaba en la silla.

Jim se dirigió resueltamente hacia el Independence ante el que había dejado su caballo. Ya estaba a punto de llegar al lugar indicado cuando de pronto un tipo bajó de la acera dirigiéndose a él.

—Caca… caramba… yo… yo… le… coco… conozco… a usted…

Jim lo miró a la cara.

—Lo siento, pero yo no le conozco —dio un tirón del cuello, agregando—: Perdone.

—No… titi… tiene que… preocuparse… Coco… Comprendo lo que le pasa.

Jim tuvo la impresión de que aquel tipo era una gallina que estaba poniendo un huevo. Soltó una maldición al ver que Russell pasaba por enfrente, encaminándose hacia el sur de la calle.

Dio una palmada en el brazo de su interlocutor.

—Ya volveremos a hablar uno de estos meses, ¿eh, amigo? Ahora siento dejarle, pero contraje un coco… compromiso.

Freddy *el Tartamudo* se interpuso entre Jim y el caballo que pretendía montar.

—Nono… no se marche… Tete… Tengo que pedirle un favor…

Garden lo ignoró y pasando por su lado puso el pie en el estribo.

—Lo siento, compañero, ya se lo dije. Tengo una cita con una dama. Ya nos veremos.

De pronto, vio por el rabillo del ojo cómo su interlocutor movía rápidamente la mano hacia la funda de la pistola.

Todo sucedió en una décima de segundo.

Jim apoyaba las manos en el arnés y supo que no tendría tiempo para volverse y desenfundar.

Hizo lo único que podía hacer. Pegó un salto y cayó por el otro lado de la silla, justo en el momento en que el pistolero hacia funcionar sus revólveres.

Mientras caía, Jim tiró de su «Colt».

Su potro recibió dos balazos y se desplomó.

Jim dio una vuelta en el polvo: luego se irguió, apoyando la palma de la mano en el suelo y su revólver escupió plomo, una, dos, tres veces.

El asesino a sueldo se estremeció al tiempo que dejaba caer el revólver. Cogióse el estómago y sus ojos empezaron a desorbitarse.

—Dede… demonios… coco… cómo duele.

Dio un traspié y se abatió en el polvo, quedando inmóvil.

Los hombres habían empezado a correr al empezar el tiroteo, pero ahora ya todos se habían detenido.

Una mujer lanzó un chillido y se desplomó en la acera sin conocimiento.

Garden se puso en pie lanzando una retahíla de imprecaciones.

Miró en la dirección que se había marchado Leslie Russell, pero ya no vio de él ni rastro.

Su potro estaba inmóvil, muerto, y sintió una profunda amargura, porque le había prestado servicio durante cinco años.

El *sheriff* bajó de la acera y después de mirar al cadáver del tipo le pasó la bota por debajo y le dio la vuelta. Luego desvió los ojos hacia Jim.

—Demonios, ¿sabe usted quién es?

—No.

—Freddy *el Tartamudo*, un personaje que empezó a adquirir renombre hace cosa de unos meses.

—En tal caso, celebro haber contribuido al término de su carrera.

—¿Me va a hacer creer que usted y él no se conocían?

—Sí, *sheriff*. Ésa es la verdad.

—¿Y por qué él iba a querer matarle?

Jim sopló el cañón de su revólver y lo depositó en la funda.

—¿Por qué no se lo pregunta a él, *sheriff*? Yo no le puedo dar respuesta.

Tras esas palabras, Jim se puso en cuclillas junto a su caballo y le acarició la cabeza y el cuello.

—Me has salvado la vida, «Tim», y es lo mejor que puedo decir de ti. Gracias.

Luego se enderezó y subió a la acera de tablones, abriéndose paso entre la multitud de mirones.

Sam Wooler se le unió y juntos entraron en el Independence.

Philip les salió al encuentro.

—¿Fue también usted, Jim?

—Sí. Otro pistolero que quiso meterme en una caja de pino.

Los dos amigos fueron a ocupar una mesa, dejando a Philip con la boca abierta. Pidieron *whisky* y bebieron.

Sam dijo:

—Esto se pone cada vez más feo. ¿Qué te parece si pidiésemos refuerzos al jefe?

—Olvidas que está falto de personal. En su carpeta hay trabajos que están esperando porque no puede solucionarlos nadie.

—Demonios, el gobernador de Texas se porta mal… ¿Por qué infiernos no se decide a aumentar la plantilla de los inspectores?

—Ni él ni los políticos están convencidos de que servimos para mucho. Somos nosotros quienes debemos demostrar que formamos un cuerpo eficiente y entonces concederán su apoyo y el dinero que el jefe necesita para nombrar treinta o cuarenta nuevos inspectores.

—¿Qué me dices del fulano que me pasó el billete?

—Sólo sé que se llama Russell y que Homes le pegó una gran paliza.

—¿Por qué?

—Trataron de colocarme una bonita historia, pero, naturalmente, yo no me la creí.

—Entonces, ¿sospechas de Homes?

—Sí, pero hay muchos otros de los que no me fío. Está el *sheriff*, que se comporta de un modo extraño; un tipo llamado Stuart, dueño de uno de los *saloons* que no se muestra conforme con que exista un cuerpo de vigilantes en la ciudad. Hasta es posible que haya dos o más complicados en el asunto de la falsificación. Podría haber logrado algo siguiendo a Russell, pero ese pistolero que se me cruzó en el camino me lo impidió.

—Bueno, ya le encontraremos la pista. Volverá por el pueblo y entonces iremos tras él.

—Nada cuesta ser optimista. Ahora será mejor que vayamos a dormir. Ya hubo bastante jaleo por hoy.

Apuraron el contenido de sus vasos y subieron por la escalera. Al llegar arriba abriese una puerta y Sally Backer apareció en el marco.

—¿Todavía sigue vivo?

—Todavía, aunque haya personas a quienes no les guste —sonrió Garden.

—Oiga, me tiene realmente preocupada. ¿Qué clase de magnetismo utiliza para meterse en tantos líos?

El viejo Sam se puso a silbar y desapareció en su cuarto, Jim se acercó a la joven, diciendo:

—Todas las personas tenemos algo. Yo, al parecer, atraigo a los pistoleros. Usted también posee una cosa esencial.

—¿El qué?

El la miró a los ojos y dio otro paso.

—Tiene encanto, seducción…

—¿Usted cree? —repuso Sally sin retroceder una pulgada.

Jim le pasó el brazo por la cintura y la besó en la boca, pero la joven le puso las manos en el pecho y le empujó con fiereza.

—De modo que eso era lo que pretendía… ¿eh, pianista? Sólo se ha acercado para besarme.

—Yo lo deseaba tanto como usted.

—¿Qué es lo que dice? ¿Cree que yo lo deseaba…? Es el tipo más presuntuoso y fanfarrón que he conocido en mi vida. Y mire lo que hago con su beso —la joven se pasó el dorso de la mano con fuerza por la boca, pero con ello solo consiguió que se le corriese el

carmín con que pintaba sus labios.

Jim observó los desperfectos del maquillaje y se echó a reír, apoyándose en la pared, con lo cual hizo aumentar la ira que embargaba el pecho de la cantante.

—¡No me vuelva a tocar, señor Garden! ¿Lo entiende? ¡Ya descendía bastante al venir a cantar a este *saloon*…! ¡Sería el colmo si me rebajase a permitir que usted, un vulgar músico, un pistolero, me hiciese el amor! Recuérdelo. A partir de ahora, sólo nos unirá el trabajo —hizo una pausa hinchando los pulmones de aire, lo cual fue un maravilloso espectáculo para Jim, y agregó—: ¡Sólo el trabajo!

Se metió en su cuarto cerrando como antes, de un portazo.

Jim pasóse la lengua por los labios y, mientras caminaba hacia su habitación, se dijo que la boca de Sally Backer era de una calidad insuperable.

CAPÍTULO X

Profundas arrugas de preocupación surcaban la frente de Kurt Homes. Encontrábase sentado tras la mesa de su despacho y frente a él estaba el pelirrojo Dave Ward y un poco más allá Martin Flanagan.

—De modo que Freddy *el Tartamudo* no fallaría —murmuró Homes.

Dave fue hablar, pero se atragantó. Homes le dirigió una mirada cargada de furia.

—¡Eres un estúpido, Dave!

—Lo siento, jefe. ¡Yo hubiese jurado que Freddy *el Tartamudo* se bastaba para enviar a Garden al infierno!

—Sí, pero ahora el que está en el infierno es el Tartamudo. Existe una pequeña diferencia, ¿no te parece?

Dave se pasó una mano por la mejilla.

—Debe ser cosa de brujería.

—Di eso otra vez y te pego un pildorazo en la boca. Hace mucho tiempo que dejé de creer en brujas y duendes —hizo una pausa—. Lo cierto es que hasta ahora no he podido con Garden.

—Si le parece, puedo contratar a otro pistolero.

—A partir de ahora, yo seré quien lleve las riendas del asunto.

—Oiga, Homes, podría hacerlo yo mismo.

—¿Tú…? No me hagas reír. Eres una tortuga sacando el revólver. Teniendo en cuenta lo que sabemos de Garden, él tendría tiempo de dormir una siesta y todavía tendría tiempo de pillarte con el revólver a medio sacar.

Dave sonrió.

—Sí, señor Homes. Admito que soy un hombre lento comparado con Garden, pero creo que se olvida de algo importante. Garden me

debe de haber encontrado un tipo simpático. ¿Se acuerda de la reunión? Siguiendo las órdenes de usted, me puse a favor de los que querían un cuerpo de vigilantes y hasta me ofrecí para ser yo el jefe, porque pensé en aquel momento que ésa era la forma mejor de ayudarle.

—Aquello no estuvo mal —concedió Homes.

—Pues ahí lo tiene, jefe. Yo puedo acercarme a Garden en el momento que quiera. Seguro que él me concede su amistad. Luego todo consistirá en pillarle descuidado, y cuando esa ocasión se presente, le meteré unas cuantas balas en el cuerpo.

—¿Te refieres a qué le dispararás por la espalda?

—Ahora ha dado en el clavo, jefe.

Homes se pellizcó la barbilla mientras sopesaba la propuesta de su ayudante. Por último dijo:

—Eso sería algo muy bueno, Dave, y con ello compensaría tu fracaso con Freddy *el Tartamudo.*

—Descuide, jefe. Esta vez seré yo el amo.

—Anda y procura hacerlo pronto. Cada vez que pienso en Garden me pongo nervioso.

Dave sacudió la cabeza y abandonó el despacho por la puerta de emergencia.

Flanagan avanzó hacia Homes.

—Me di una vuelta esta mañana por el refugio. Los hombres han fabricado la última serie de billetes. Con ella han terminado los cincuenta mil dólares que usted encargó. A partir de ahora tendrán que estar con los brazos cruzados.

—No, Martin. No va a ocurrir eso. Esta noche volverás allí y les dirás que hagan otros cincuenta mil.

—¿No le parece demasiado?

Homes se echó en el respaldo de la silla.

—Si sale bien el negocio en Goldenville, me llegaré a Silver City y compraré dos o tres *saloons.*

—¡Silver City! —exclamó Martin con admiración—. Demonio, jefe, eso sería formidable.

Homes sonrió halagado.

—Te advertí que una vez iniciado el negocio no habrá nadie que me pare. Y ya puedes estar seguro de que voy a ser uno de los hombres más ricos de todo el país.

Jim Garden se estaba ablucionando en el lavabo cuando oyó que golpeaban la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy yo, señor Garden. Su amigo Dave Ward.

—¿Qué quieres Dave?

—Se me ocurrió llegarme para hablar con usted acerca del cuerpo vigilantes.

—Está bien, ahora te abro.

Como siempre, Garden cogió el revólver. Había identificado la voz de Dave, pero eso no quería decir nada. Su experiencia le aconsejaba tener un mínimo de precaución. Gracias a ello seguía viviendo.

Hizo girar la llave y abrió de golpe, metiendo el revólver por el hueco.

El pelirrojo Dave pegó un respingo en el corredor viendo el arma que le apuntaba.

—¡No tire, señor Garden!

Jim observó que su visitante se estremecía como un flan.

—¿Estás solo, Dave?

—Sí, señor. ¿Con quién quería que estuviera?

—Está bien, entra y cuéntame lo que te pasa.

Dave sonrió, recuperando la serenidad, y se introdujo en el cuarto.

Jim cerró la puerta y se fue hacia el lavabo, pero en el camino dejó el revólver sobre la cama. Llegado al lavabo, tomó la toalla y empezó a secarse la cara y el torso, sobre cuyo vello negruzco brillaban como perlas las gotas de agua.

Dave había quedado inmóvil, con la boca abierta, porque no podía creer que él tuviese tanta suerte. El terrible Jim Garden se encontraba desarmado a menos de cinco yardas de él.

Le miró atentamente los bolsillos por si acaso guardaba en ellos alguna pistola, pero no advirtió ningún bulto. Su trabajo iba a ser mucho más fácil de lo que él había pensado.

De pronto se dio cuenta de que los ojos de Jim le miraban como si quisiesen taladrar sus pensamientos.

Le sonrió forzosamente.

—¿Durmió bien, Jim?

Garden dejó pasar unos segundos mientras lo miraba.

—¿Qué te pasa, Dave…? ¿Estás enfermo…?

—¿Yo…? No, señor… ¿Por qué lo dice?

—Noto un brillo extraño en tus ojos, exactamente como si tuvieses fiebre.

Dave se dijo que Jim Garden era todo un adivino, pero él era un comediante. Llevóse la mano a la boca.

—Ha sido una muela, señor Garden. Me ha hecho pasar una noche de perros.

—No te veo ningún flemón.

—Es porque se me ha bajado.

—En tal caso, debiste venir aquí. Mi amigo Sam te habría dado algún remedio.

—Justo he venido a eso, quiero decir que me llegué a hablar con usted sobre el cuerpo de vigilantes y al propio tiempo visitaré al abuelo, para que me de algún remedio.

Jim lo miró otra vez atentamente y por último dejó la toalla en su sitio.

Dave sintió un hormigueo en el estómago al pensar que podría matar a Garden con su propio revólver. Sí, allí estaba, sobre el borde de la cama, y él sólo necesitaba alargar la mano para apoderarse de él.

Jim se acercó a la silla para tomar la camisa.

Fue entonces cuando Dave cogió el «Colt».

Jim se volvió hacia él metiendo un brazo por la manga.

—¿Qué haces, Dave? —dijo con voz grave.

Ward sintió un estremecimiento de la cabeza a los pies. Se maldijo interiormente. ¿Es qué también iba a tener miedo de Jim Garden cuando ahora estaba justamente a su merced? Demonios, ¿qué clase de mirada poseía aquel hombre?

—Quería ver su revólver, señor Garden.

—No tiene nada de particular. Hay miles de 45 por el mundo.

—Para mí posee algo que lo distingue de todos los demás. Usted mató ayer con él a varios hombres en la ciudad.

—Sí, Dave, y es posible que mate algunos otros.

Aquellas palabras tuvieron la virtud de producir otro temblor en Dave, que empezaba a levantar el revólver. Jim dijo:

—¿Qué querías saber de los vigilantes, Dave?

El pelirrojo notó que su boca estaba reseca. Bueno, ¿por qué se

estremecía tanto? ¿Por qué no levantaba de una vez el «Colt» y apretaba el gatillo? Bien; contaría hasta tres y haría fuego. Uno…, Dos…

Garden dijo algo antes de que acabase la cuenta:

—El revólver está descargado.

—¿Cómo?

—Me refiero al 45 que tienes en la mano, al mío. Le quité todos los cartuchos para hacerle la limpieza.

Dave tragó saliva.

—Pero usted salió antes con él en la mano…

—Dijiste que eras un amigo y yo identifiqué tu voz. No podía hacerte esperar entreteniéndome en rellenar el cilindro —echó a andar hacia su visitante.

Ward empezó a titubear. ¿Estaría o no cargado el revólver? Naturalmente podía comprobarlo apretando el gatillo, pero si efectivamente no se producía el estampido, Garden ya no tendría duda de que él había ido allí para matarle. ¡Maldita fuese…! ¿Por qué había echado mano a aquel condenado «Colt»? Debió sacar su revólver y dejarse de tonterías. Bueno, ¿y si era una trampa de Jim? ¡Santo cielo…! Jamás en su vida había dudado tanto como ahora.

Garden llegó junto a él y alargó su diestra.

—Dame eso, Dave.

El pelirrojo sintió que todo su cuerpo se había puesto a transpirar. Y era un sudor frío que le estaba congelando hasta los huesos.

Garden cogió el revólver.

—Sudas mucho, Dave —dijo Jim.

—Es otra vez la muela. Ha empezado a dolerme.

La puerta se abrió de golpe y en la estancia entró Sam Wooler.

—Buenos días, muchachos.

Garden después de corresponder al saludo, dijo:

—Nuestro amigo Dave ha venido a buscarte —Jim se puso de espaldas a Dave y guiñó un ojo al abuelo mientras agregaba—: Quiere que le Quites una muela.

Sam Wooler entrecerró las pupilas mirando a Garden. Luego las desvió hacia Dave.

—Claro que sí, muchacho, ahora mismo se la quito.

Dave se apresuró a decir:

—No hace falta, señor Wooler. Seguro que mejoraré.

Garden le puso la mano en el hombro.

—Anda, siéntate en esa silla y no digas tonterías. Una muela duele porque está cariada y, cuando llega a ese extremo, lo mejor es sacarla. Sam Wooler es el mejor especialista de Texas para atajar ese mal… Sé obediente, Dave.

Así diciendo, Garden empujó al pelirrojo, el cual cayó en la silla como en trance.

—Voy por los chismes —dijo Sam Wooler, y salió por la puerta.

—Oiga, Garden —se recobró Dave—. Ya no me duele nada… Será mejor que me marche.

—Oh, no, Dave, después de que te saque la muela Sam, tú y yo tenemos que hablar del cuerpo de vigilantes, ¿no te acuerdas?

De la habitación vecina llegó un ruido terrible.

—¿Qué es eso? —inquirió sobresaltado el pelirrojo.

—Es Sam que se dispone a traer sus cachivaches. Tiene un procedimiento muy original para sacar una muela. Ahora ha perfeccionado su invento, pero hace dos años, tenías que haber visto como quedó la cabeza de uno de sus pacientes.

Ward abrió unos ojos como platos.

—¡Ya no me duele nada, señor Garden!

Fue a levantarse, pero Jim se lo impidió poniéndole una mano en el hombro.

—Vamos, muchacho, comprendo que sacarse una muela es peor que encontrarse frente a un revólver —aquí hizo una pausa—, pero tú tienes la suerte que yo estoy a tu lado para impedir que te largues. Esa muela irá fuera, y si no lo hiciese te seguiría molestando durante semanas o quizá meses.

Sam Wooler regresó a la habitación portando una gran valija cuyo peso le hacía doblarse.

—¿Qué es lo que tiene ahí? —preguntó Ward.

—Cierra los ojos y no mires, muchacho —respondió el abuelo.

Dave puso una cara compungida.

—Yo no quiero que me saquen la muela —gimió.

Sam Wooler soltó una risita.

—Ya puedes considerarte el hombre más afortunado del país. Yo tengo lo que necesitas, Las tenazas para sacar una muela y un líquido estupendo para los enjuagues —abrió la valija y sacó unas

enormes tenazas.

Dave, nada más verlas, se escurrió en la silla.

—¡No! —gritó.

Wooler cogió las tenazas y las hizo entrechocar produciendo un horrísono chasquido.

—Allá voy, muchacho. Agárrate fuerte al asiento.

—¡No!

Wooler se acercó a su presunto paciente con el ímpetu de un hombre treinta años más joven.

Dave lanzó otro chillido.

—Abre la boca, amigo —dijo el abuelo.

—¡No la abriré! —gritó Dave, pero la tuvo que abrir para hablar y entonces Garden lo tomó por las fauces.

—Arreando, Sam.

El abuelo introdujo las tenazas por la boca de Ward.

—Ya la veo —dijo—. Demonios, esa muela está echada a perder. Aguante un poco, que se la saque.

Dave empezó a forcejear, pero Carden le apretó las manos y soltó su boca porque Sam ya había hecho presa en el molar y lo tomó por los brazos.

El abuelo dio un tirón infructuosamente.

—Caramba, tiene usted una buena dentadura, Dave. A lo mejor las raíces le llegan a los talones.

Jim intervino:

—Ten cuidado, no le vayas a sacar el esqueleto.

Los ojos de Dave parecían dos huevos duros. Por su garganta dejaba escapar extraños gruñidos.

El segundo intento sólo sirvió para que Dave se pusiese a bizquearle extraña forma.

El abuelo soltó las tenazas, las cuales se sostuvieron solas porque aprisionaban férreamente la muela, y escupióse en las manos.

—¡Maldita sea…! ¿Quién va a poder más, la muela o yo…? ¡Ahora verás!

La cara de Dave tenía la palidez de la muerte.

Sam cogió las tenazas y, levantando la pierna derecha, la apoyó en el pecho de Dave.

—¡Ahí va, chico! —avisó.

Dio un tirón con todas sus fuerzas y salió disparado como un

cohete, porque la muela se desprendió de la encía.

Dave pegó un bote en la silla y al caer de nuevo en el asiento, éste se hundió, introduciendo por el hueco Los cuartos traseros.

Sam se derrumbó en el suelo, pero allí sentado miró la tenaza y la muela que exhibía entre los dos garfios.

—¡Cuernos! —gritó—. ¡Ésta no es la cariada, pero no te preocupes, Dave! Ahora mismo te lo arreglo.

Dave pegó un chillido y trató de salir del agujero, pero no lo pudo conseguir. Entonces, con la silla a cuestas, echó a correr como una exhalación.

—¡Auxilio…! ¡Socorro…! —Abrió la puerta de un tirón y desapareció por el corredor.

Garden cruzó los brazos mirando hacia el hueco por donde había salido Dave, y de pronto se produjo un tremendo estrépito y Ward se puso a lanzar más gritos.

—¡Caramba! —exclamó Sam—. Ese muchacho a rodado por las escaleras.

—Bueno, es lo menos que le ha podido ocurrir.

—¿Quieres explicarme ahora que es lo que pasó?

—Es la mar de sencillo. Intentó asesinarme con mi propio revólver y eso quiere decir que también tendremos que vigilarlo porque nos puede dar la solución del asunto.

Sam Wooler saltó una risita mirando la muela que tenía entre las tenazas.

—Si ese muchacho tiene un poco de pupila, nos dejará en paz o acabará bebiendo leche… A la próxima le saco el resto de la dentadura.

Garden se echó a reír, pero oyéronse pasos por el corredor y apareció Sally Backer seguida del *sheriff*.

—Le digo que estaban matando a un hombre, *sheriff*.

Steel frunció los ojos observando alternativamente a los dos amigos.

—¿Dónde está la víctima?

—Quizá se la cruzó usted por el camino, *sheriff* —repuso Garden —. Era Dave, el pelirrojo. Vino aquí a que mi amigo le sacase una muela.

La hermosa Sally Backer empezó a enrojecer las mejillas.

Steel sacudió la cabeza.

—Sí, vimos a Dave corriendo de una extraña forma por la calle… Llevaba una silla en las asentaderas.

Sam agitó las manos en la que esgrimía las tenazas.

—El muchacho se asustó un poco y la verdad es que no sé porque, ya ve que soy un tipo que no falla nunca.

Garden dirigió a Sally una mirada divertida. Ella se cubría con un vestido rojo que se ceñía a su cuerpo como una vaina, señalando la maravilla de sus formas.

—Siento haberla defraudado, señorita Baker.

La joven alzó la barbilla y Garden juró para sus adentros que ella en aquella posición estaba realmente adorable. Luego la cantante, sin decir nada, dio media vuelta y echó a andar muy aprisa por el corredor.

El *sheriff* se apoyó en la jamba.

—¿Cuándo van a dejar de crearme dificultades, muchachos?

—Me es usted simpático, *sheriff* —dijo Sam Wooler—. Y en prueba de ello estoy dispuesto a prestarle mis servicios gratuitamente, si es que tiene alguna muela cariada.

El semblante del *sheriff* se iluminó con una sonrisa.

—Gracias, abuelo —pero de pronto se interrumpió—. ¿Usted sacarme una muela a mí? ¡Antes me la ataría al extremo de un obús!

Y dicho esto, el representante de la ley dio media vuelta y se alejó de la habitación, dejando a los dos amigos solos.

CAPÍTULO XI

El pelirrojo Dave logró quitarse la silla en la calle y luego se dirigió al Tres Tréboles, por cuyas puertas entró como una exhalación.

Cruzó la sala con las manos en la mejilla, la cual se le había inflamado por momentos y por último entró en el despacho de Homes.

Su jefe le miró, poniendo las cejas en arco.

—¿Listo, Dave?

—Sí, señor… digo no, señor.

—¿Qué lío es ése?

—No pude hacerlo, jefe.

El rostro de Homes se transfiguró por la ira.

—Me diste la seguridad de que lo ibas a despachar, Dave.

—Eso es lo que yo creía también, pero surgieron otras cosas, jefe. Ese viejo estuvo a punto de sacarme el esqueleto por la boca.

—¿De qué estás hablando?

—Me quitó una muela.

—¡Yo voy a quitarte la vida! —Homes se puso en pie, esgrimiendo un revólver.

Dave retrocedió asustado.

—No haga eso, jefe. Soy un tipo que ha trabajado mucho para usted.

—Eso es cierto, Dave, pero ahora que ha llegado el momento de demostrar lo que llevas dentro, me has fallado.

—¿Por qué precipitarnos, señor Homes? Después de todo acabaremos con Garden tarde o temprano.

—Ya se está haciendo demasiado tarde.

—Si me concede otra oportunidad, puede estar seguro de que

ese pianista dejará de ser una molestia para usted.

Homes se mantuvo unos instantes inmóvil.

—Debería arrancarte la cabeza de un balazo, pero a este paso, entre los tipos que yo me cargo y los que se carga Garden, me quedaría solo.

Dave dio un suspiro de alivio.

—Ordéneme cualquier cosa y le obedeceré.

—Ahora ayudarás a los chicos a que entren el *whisky* en el almacén.

—Sí, señor.

—Esta noche quiero que te vayas al refugio y te quedes allí. ¿Lo entiendes?

—Sí, señor.

—No se te ocurra volver a la ciudad con cualquier excusa. Recuerda lo que le pasó a Russell.

—Descuide, jefe. Esta noche me iré a la cueva y no volveré hasta que usted me lo mande; pero, dígame, ¿qué va a hacer con Jim Garden?

Homes entrecerró los ojos.

—A partir de ahora, llevaré yo personalmente ese asunto. Garden irá derechito a la fosa.

Jim Garden bajó por la escalera seguido de su amigo Sam y de pronto se detuvo al ver junto al mostrador a Sally Baker hablando con un tipo muy elegante, de rostro bien parecido, cabello aceitoso y bigote finamente recortado.

—Le aseguro que es usted la mujer más encantadora de Goldenville, señorita Baker —decía el caballero—. Ha sido realmente un placer conocerla.

Sally estaba muy seria, pero al ver a Jim volvió rápidamente la cabeza hacia el hombre que le hablaba.

—¿Cuál es su nombre, caballero?

—Horace Wells, para servirle, señorita.

—Dice usted cosas muy bonitas, señor Wells. No como cierta gente con la que una se tropieza, que es basta y zafia.

—¿Me permite invitarla a un paseo, señorita Baker?

La joven dirigió una mirada rápida a Jim y respondió:

—Desde luego, señor Wells, me sentiré muy honrada en su compañía.

—Tengo la calesa fuera y seguramente usted no ha visto los alrededores de Goldenville.

—No, y me gustaría verlos en tan agradable compañía.

—Estupendo —dijo Wells, y le ofreció el brazo.

La joven lo aceptó y salió del establecimiento con el aire de una reina.

Sam Wooler se rascó la pelambrera.

—¿Viste eso, muchacho? Te estaba dando celos.

—¿Tú crees, abuelo?

—No hay ninguna duda. Si tú no hubieses aparecido, la chica hubiese mandado al diablo a ese petimetre. Sólo aceptó su invitación para encalabrinarte.

Los dos amigos se encaminaron al mostrador, donde estaba Philip limpiando unos vasos.

—¿Philip, quién es Horace Wells? —preguntó Jim.

—Es el hijo del director del Banco y al propio tiempo el hombre más mujeriego de toda la ciudad. No hay ninguna mujer que se le resista. Ya lo han visto, sabe halagar a una mujer y tratarla de una forma que ella se sienta una dama.

—Demonios —exclamó Sam Wooler—. Y se ha llevado a Sally a las afueras del pueblo.

Philip soltó una risita.

—Todavía no he conocido a ninguna chica que se le resista a Horace Wells. Tiene un lugar predilecto para sus conquistas, el Manantial de las Tres Rosas.

—Gracias, Philip —dijo Jim, y echó a andar rápidamente hacia la puerta.

Sam Wooler fue tras él.

—Eh, chico, ¿adónde vas? —Lo alcanzó en la acera cuando el joven estaba mirando hacia el fondo de la calle por donde corría la calesa donde viajaban Horace Wells y Sally Baker.

—Te cojo prestado el caballo —dijo Garden, y se apartó de su amigo.

Sally estaba sentada en la hierba junto a un riachuelo. Delante de ella había una cascada.

El agua se estrellaba desde lo alto en las rocas blancas formando una cortina de espuma.

Horace, de pie junto a ella, se quitó la chaqueta.

—Hace un poco de calor —dijo.

Sally no hizo ningún comentario, entretenida en arrojar piedras al agua.

Horace se sentó a su lado y quedóse mirándola a la cara.

—Es usted asombrosamente bonita.

—Gracias —dijo ella con tono indiferente.

—Siempre he deseado encontrar en mi vida a una mujer como usted. Ya empezaba a sentirme pesimista y de pronto usted ha surgido, hermosa, resplandeciente —aquí hizo una pausa y puso en práctica la tercera lección de su método—. ¡Sally! —lo dijo con voz hueca, como si hablase desde una carbonera.

—¿Qué, señor Wells?

—No me llame señor Wells, suena muy feo. Llámame Horace.

—Me resulta mucho más feo Horace.

El hijo del banquero arrugó la nariz.

—Pero, ¿es qué no sabes quién es Horace hija?

—En mi pueblo había un Horace que criaba cerdos.

Wells cerró los ojos y los volvió a abrir. Pero no, no era ninguna pesadilla, estaba allí en el Manantial de las tres Rosas con una mujer deliciosa.

—Sally —murmuró con voz más ronca aún, como si se hubiese descolgado en un pozo.

—Debe cuidar su resfriado, señor Wells. Yo entiendo de afonías y la suya es bastante grave.

Wells agachó la cabeza mirando hacia sus espaldas y en esa postura, sin que ella lo viese, escupió una maldición de la lección séptima. «Cosas que se deben decir y gestos a realizar cuando el negocio no va como debe ir».

Por último se decidió por el último sistema del método. El abordaje. Volviéndose repentinamente y se echó sobre la joven tomándola en sus brazos.

—¡Sally!

La joven le miró con ojos parpadeantes.

—¿Le duele algo?

Horace Wells sintió que se le anudaban las tripas. ¿Qué clase de mujer era aquélla?

—Sally, te quiero… Sally, te adoro…

—Eso me recuerda la letra de una canción. ¿También es usted

aficionado a la música?

Horace hizo rechinar los dientes, tratando de sonreír, y luego agregó muy deprisa:

—No puedo vivir sin ti… Tú eres diferente, Sally, diferente a todas… Sólo tú…, sólo tú has de ser mi único querer.

De pronto oyó una voz a sus espaldas:

—¡Bravo! ¡Magnífico!

Sally y Horace volvieron la cabeza.

Allá en la verde ladera se encontraba Jim Garden, el cual aplaudía casi silenciosamente.

—Eso es lo mejor que he oído en mucho tiempo —agregó acercándose a la pareja.

Wells soltó a la joven y dio un salto, poniéndose en pie.

—¿Qué ha venido a hacer aquí, pianista?

—¿Yo…? Tomaba el aire.

—Pudo hacerlo en otro lugar.

—¿Es suyo ese río, muchacho?

—Como si lo fuese. ¿Sabe con quién está hablando, Garden? —Wells hinchó los pulmones de aire—. Soy Horace Wells.

—Comí en Kansas City un chorizo estupendo que llevaba su nombre, Wells. ¿Lo fabrica usted?

Horace empezó a enrojecer.

—¿Yo fabricante de chorizos…? No. Soy hijo del banquero Wells —lo hizo levantando orgullosamente la barbilla.

Jim dirigió una mirada a Sally, la cual parecía estar muy divertida con aquella situación.

—Señor Wells —dijo ahora la joven—. ¿Quiere espantar a ese moscón?

—Ya lo ha oído —rió falsamente Horace—. Está aquí de sobra, señor Garden.

—Eso sí que no. Nadie me puede echar de este lugar, que es de dominio público.

—¿Quiere que le arroje al río, señor Garden?

—¿Usted, Wells?

—Sé que es muy rápido con la pistola, pero yo no tengo armas. En cambio, he estudiado boxeo. Le conviene a usted saberlo, señor Garden. Si me sigue enfadando, lo enviaré al medio del corriente.

Sally Baker se sintió más regocijada aún al oír las palabras del

hombre que la había invitado a dar un paseo.

—¿Qué dice a eso, señor Garden? Creo que tendrá que marcharse.

—No —sentenció Jim.

—Muy bien —repuso Horace y, echándose atrás, flexionó las piernas y alzó los brazos adoptando una actitud tremendamente ridícula.

—¿Qué es lo que hace, Horace? —dijo Jim.

—Me dispongo a apalearle —contestó Wells, y empezó a trazar un círculo dando pequeños saltitos.

Atacó en tromba y Jim le propinó un puñetazo en la cabeza. Wells, frenando, se puso a dar traspiés y hacer cosas raras con los ojos, pero después de menear mucho la cabeza, logró recuperarse.

—¡Al agua! —dijo—. ¡Le voy a lanzar al agua!

Jim estaba muy cerca de la orilla y ahora su rival se abalanzó sobre él poniendo en el ataque toda su alma.

Garden sólo se movió unas pulgadas y los puños de Horace encontraron el vacío, y como continuaba corriendo, se precipitó en el río mientras lanzaba un aullido. Cuando salió a la superficie soltó el buche de agua que había tragado.

—¡Socorro…! ¡No sé nadar…!

Sally Baker se puso en pie rápidamente.

—¿Qué es lo que ha hecho, señor Garden? Ese muchacho se va a ahogar.

—El tuvo la culpa.

—¿Es que va a quedarse aquí quieto? ¿No ve cómo se hunde?

Jim hizo chasquear la lengua y cogió la rama de un árbol que había cerca y la alargó a Horace, el cual se agarró a ella desesperadamente. Garden tiró de él y poco después Horace subió a tierra soltando agua como un pato.

—¡Esto lo va a pagar, señor Garden!

—Ande, muchacho, vaya a casa a cambiarse de ropa.

Wells fue a decir algo, pero su cuerpo se estremeció. Finalmente echó a andar muy deprisa hacia el lugar donde había dejado la calesa.

Sally Baker dio unos pasos enfrentándose con Jim.

—¡Es usted un bruto!

—¿Así es como me da la gracias?

—¿Qué es eso de darle las gracias?

—Cuando yo llegué Horace estaba a punto de propasarse.

—Que ingenuo es usted. ¿Realmente piensa que él se habría propasado? A las primeras de cambio le habría propinado un puñetazo y le hubiese quitado las ganas de proseguir su romance.

—Ya. Usted es de las que se defienden solas.

—Desde luego. Yo no necesito la ayuda de nadie y menos la de usted.

—¿Por qué es tan fiera conmigo, Sally?

—Porque me es usted terriblemente antipático.

—Es una lástima —dijo él, y la cogió por un brazo—. Usted en cambio a mí me resulta la mar de agradable.

Sin más pausa la estrechó contra su pecho y la besó fuertemente en la boca.

Entonces ella hizo lo mismo que la noche anterior. Le puso las manos en el pecho y le propinó un terrible empellón.

Jim salió despedido hacia atrás, llegó al borde de la orilla y allí empezó a mover los brazos haciendo un esfuerzo sobrehumano por no caer el agua.

Pero no le valió de nada. Se desplomó en el río y cuando reapareció en la superficie vio a Sally Baker que reía poniéndose una mano en la boca.

—¿Qué está haciendo ahí, muchacha? Écheme una mano. Yo tampoco sé nadar.

—Usted es un sabelotodo, ¿lo recuerda? Apuesto a que aprendió a nadar cuando todavía estaba en pañales. Hasta la vista, señor Carden. Ah, y gracias por su caballo.

—¿Qué es lo que dice? Deje ahí el caballo, lo necesito para llegar al pueblo.

—Yo también —dijo ella mientras corría por la ladera.

Encontró el alazán detrás de unas zarzas.

Jim salió del río rezumando agua por todos sus poros. Oyó ruido de cascos y al levantar la mirada vio a la joven en lo alto de la pequeña colina.

Sally se volvió haciéndole un saludo con la mano.

—¡Cuídese, pianista! —le gritó—. No debe enfriarse ahora. Nuestro patrón lo sentiría mucho.

Seguidamente, espoleó la cabalgadura y ésta emprendió un

galope.

Jim se quedó allí quieto, pero ahora no pudo por menos que sonreír.

CAPÍTULO XII

Eran las siete de la tarde y ya había empezado a oscurecer. Jim se encontraba en el almacén general. Después de comprar tabaco hizo algunas preguntas al dependiente que le atendía acerca de algunos objetos. Realmente lo que estaba haciendo era espiar el Tres Tréboles a través del hueco de la puerta. Pocos minutos antes había visto entrar en el local al pelirrojo Dave. Era el segundo sospechosos que se relacionaba con Kurt Homes.

De pronto le vio salir. Dave montó en su silla y emprendió la marcha por la calle.

Jim dio las gracias al dependiente y salió del local dando la vuelta al callejón donde había dejado el caballo de Sam. Montó de un salto y condujo al alazán por detrás de las casas. Al llegar a las últimas construcciones, vio a Dave a lo lejos.

Le concedió más ventaja y fue tras él.

Seis millas más allá del pueblo, Dave subió por un montículo y descolgóse por la otra parte, perdiéndose de vista.

Garden lanzó su potro en una vertiginosa carrera, pero cuando llegó a lo alto del monte no vio a Dave Ward.

Enfrente había un cañón estrecho, y a la izquierda un valle. Tras pensarlo unos instantes, se decidió por el desfiladero.

Cabalgó por espacio de unas cincuenta yardas y se detuvo al observar que el desfiladero se estrechaba. Miró a sus pies y encontró las huellas recientes de una cabalgadura.

Un cuarto de milla más allá, el cañón se doblaba en una curva. Tiró de las bridas rápidamente porque vio otra vez a Dave a unas trescientas yardas, pero ahora el pelirrojo hacía su camino a pie ascendiendo por una montaña.

Jim esperó a verle desaparecer y entonces saltó de su montura y

ató las bridas a un arbusto.

Serpenteó por entre las rocas y poco después encontróse ante una cabaña a uno de cuyos lados había un cobertizo donde se encerraban media docena de caballos. Entre ellos reconoció el de Dave. En la parte delantera de la casa, había un hombre que se columpiaba en una mecedora.

Jim miró hacia el camino que había seguido a Dave y se puso otra vez en movimiento, agachado, dando un rodeo para que el hombre de la cabaña no lo pudiese ver.

Consiguiendo su propósito se puso a ascender el monte.

Quince minutos más tarde descubrió la entrada de una cueva. Era un poco angosta y justo en la parte de arriba, en el techo, había un hombre con un rifle en la mano, apoyada la espalda en una roca.

Era Russell.

Jim permaneció un rato en cuclillas observando el paisaje y finalmente decidió seguir su camino. Tuvo que retroceder con objeto de apartarse de la visual de Russell.

Por allí crecían muchos arbustos espinosos y eso le proporcionó la oportunidad de avanzar bien resguardado. Llegado a lo alto, penetró por la colina y luego se volvió a la derecha moviéndose por entre las rocas.

Por último sacó el revólver y habló desde aquel lugar, a unas cinco yardas del centinela.

—Quieto, muchacho.

Russell dio un respingo y fue a utilizar el rifle que tenía en la mano, pero al ver a Garden quedó paralizado.

Jim se acercó más, observando que la cara de Russell estaba señalada todavía por los golpes de Homes.

—¿Mucho trabajo, chico?

Russell se mojó los labios con la lengua.

—Me ha dado un buen susto. Creí que sería un salteador de caminos. Pero ahora acabo de reconocerle. Usted es el nuevo pianista de Philip.

—Sí.

—Me llegué aquí para cazar.

—¿Qué es lo que cazas, Russell?

—Palomas torcaces, por aquí hay muchas.

—No he tropezado con ninguna.

—Bueno, a veces las aves se hacen esperar. ¿Y sabe lo que le digo? Creo que hoy es un mal día, tendré que regresar al pueblo sin una maldita pieza… ¿Se viene conmigo o se queda?

—Nos vamos a quedar los dos, Russell.

El guardián frunció el ceño.

—No le entiendo —sonrió—. Yo me tengo que marchar, señor Garden. Me están esperando en la ciudad.

—Bajaremos hacia la cueva y entraremos los dos.

—¿La cueva? ¿Qué espera encontrar allí? No hay nada, señor Garden… Sólo sirve como refugio de los cazadores y los viajeros.

—Será mejor que obedezcas, Russell. Conozco unos cuantos procedimientos para convencer a los tipos tozudos.

Russell tragó saliva y finalmente dio media vuelta.

—Está bien.

—Tírame el rifle.

Russell le arrojó el arma y Jim la cazó al vuelo.

—Andando, muchacho, y será mejor que tengas la boca cerrada y tengas cuidado con caerte.

Russell se puso en movimiento y descendió por la ladera.

Jim lo siguió.

Al llegar a la entrada de la gruta, el pistolero titubeó.

—Oiga, Garden, creo que se está metiendo en un lío.

—Sigue adelante, muchacho.

—Sólo le voy a hacer una advertencia. No saldrá de aquí vivo.

Jim soltó una risita.

—Deja que sea yo quien de la respuesta, Russell. Muévete.

Russell se introdujo en la cueva, pisándole Jim los talones.

La caverna era muy profunda y torcía a un lado y a otro. Justo a unas cinco yardas había una antorcha encendida.

Jim sonrió recordando las palabras de Russell de que aquello era un refugio para cazadores y viajeros.

A sus oídos llegó un ruido metálico.

El pasadizo se fue ensanchando.

Jim clavó el cañón del revólver en la espalda de Russell para que se detuviese.

Allá a la derecha se veía moverse unos cuantos hombres. Los contó. Eran cinco. Había una prensa que estaba en movimiento y un tipo silbaba una canción mientras se ocupaba de la máquina.

—Adelante, Russell —dijo Jim.

Los dos desembocaron en el enorme espacio libre.

Dave el pelirrojo fue el primero en darse cuenta de que algo anormal ocurría.

Jim saltó a un lado advirtiendo:

—Será mejor que dejéis quietas las armas.

Los hombres giraron sobresaltados.

En las paredes había antorchas que prestaban su luz al escenario.

Jim reconoció a otro de los hombres que había allí. Era el tipo a quien había desarmado en el despacho de Kurt Homes.

Martin Flanagan endureció el rostro.

—¿Qué es lo que se trae entre manos, Carden? Debería estar en el *saloon* de Philip tocando el piano y no interrumpiendo el trabajo de personas honradas.

—Me dan ganas de reír —repuso Jim—. No hay entre todos vosotros un solo tipo honrado y te agregaré otra cosa, muchacho. Es cierto que me contraté como pianista con Philip, pero no es ésa realmente mi profesión. Soy inspector Gobierno.

—¿Qué está diciendo?

—Fui comisionado para acabar con la pandilla de falsificadores de billetes de cinco dólares que estaban operando por esta comarca y creo que ya he llegado a la madre cordero.

Flanagan se mordió el labio inferior.

—No creo una palabra de lo que dice. Usted es un vivales, Garden, y le puedo explicar unas cuantas cosas, Russell entregó a ese abuelo un billete de cinco dólares, el viejo se lo dio a usted y de esa forma llegó a sus conclusiones. Sólo pretendo meternos miedo para ganarse una tajada.

—¿Cuál es tu nombre, muchacho?

—Flanagan. Martin Flanagan.

—Escúchame bien, Flanagan. Estás completamente equivocado. Soy verdaderamente inspector del Gobierno y os voy a desmantelar el negocio. Luego, cada uno de vosotros recibirá su merecido.

—Pida lo que quiera, Garden, estamos dispuestos a dárselo.

Jim señaló la prensa de fabricar billetes.

—Yo podría pedir hasta un millón de dólares por guardar silencio. Para vosotros sólo se reduciría al papel y a la tinta que

necesitáis para fabricar el millón.

—Le daremos un trato especial, Garden.

—¿Si?

—Usted recibirá billetes auténticos.

—Pierdes el tiempo, Flanagan, y ahora será mejor que os vayáis todos contra la pared y levantéis los brazos. Tengo que desarmaros.

—Espere, Garden. ¿Qué le parece cinco mil dólares por dejarnos en paz?

—Es mejor que cierres la boca, Flanagan.

—Diez mil y no se hable más del asunto.

—He dicho que pierdes tu tiempo. Todos contra la pared.

Russell, Dave, Flanagan y los otros hombres, empezaron a moverse.

De pronto uno de los desconocidos atrapó un revólver que había sobre una roca.

Jim vio el brillo del arma y saltó mientras apretaba el gatillo.

Sonaron dos estampidos que alcanzaron un eco formidable debido al lugar en que se habían producido.

Jim había saltado a un lado para evitar el proyectil. Su pierna tropezó contra un cajón y se vino abajo.

Pero la posta que había salido de su revólver se incrustó en las fosas nasales del tipo desobediente, quien se desplomó sin emitir un solo gemido.

Jim no tuvo oportunidad para enderezarse porque para ese entonces todos los hombres habían buscado refugio.

Martín Flanagan lanzó una risotada.

—Ahora está listo, inspector del Gobierno.

—Ven a por mí, Flanagan.

—Iremos todos a una, ¿me oís, muchachos?

Dave graznó:

—Garden tiene mucha puntería, Flanagan. Será mejor que le dejemos salir y quedemos a la par.

—¡Maldito seas, Dave! —retrucó el hombre de confianza de Homes—. ¡Lo hemos de hacer todos a la vez! Garden no puede matarnos a todos con un solo disparo.

—Yo estoy contigo, Flanagan —dijo Russell.

Los otros hombres que no habían hablado hasta ahora también dieron su conformidad.

De esa forma, Garden supo que se las tendría que ver con cuatro enemigos al mismo tiempo.

Empezó a arrastrarse hasta llegar a la prensa. Lo hizo silenciosamente, sin hacer el menor ruido.

—¡Ahora! —gritó Flanagan.

Cuatro armas empezaron a ladrar furiosamente y su fragor convirtió la cueva en una parte del infierno.

Jim vio como el cajón tras el que había estado escondido unos segundos, antes, saltaba por el aire convertido en astillas. Entonces se asomó por el lado de la prensa que tenía delante y vio a Russell y otro de los fulanos. Hizo dos disparos y observó que las postas hacían blanco. Russell soltó un aullido y se derrumbó. El otro tipo dejó caer el arma y después de mirarse el agujero que tenía en el pecho cayó, exhalando el último suspiro.

Jim se escondió al tiempo de burlar las balas que le dirigían sesgadas desde el otro lado.

Dave dejó oír otra vez su voz quejumbrosa:

—¿No te advertí, Flanagan? Garden es un hueso duro de roer.

—¡Cierra la boca, condenado cobarde! —bramó Martin, lleno de ira.

Jim ya había localizado el lugar en que se encontraba su más terrible enemigo.

Echó a correr hacia la parte donde se encontraba el cadáver de Russell y tres yardas más allá descubrió a Flanagan en un hueco de la pared.

Martin vio avanzar vertiginosamente a Garden y soltó una carcajada creyendo a pies juntillas que lo tenía a su merced.

—¡Aquí tienes lo tuyo, inspector!

Jim se arrojó a tierra y después de dar una voltereta quedó de bruces y su revólver disparó una décima de segundo antes que el de Flanagan.

El plomo picoteó en la mejilla de Martin y con esto tuvo bastante para iniciar el largo y negro viaje.

El pelirrojo Dave se dejó ver por otro hueco levantando los brazos.

—¡No dispares, Garden! ¡Yo me entrego!

Pero el otro tipo superviviente no pensó lo mismo que el pelirrojo.

Jim oyó sus pasos por detrás y se revolvió en el suelo. Lo hizo muy a tiempo porque una bala mordió en el polvo.

Vio al fulano enfrente con una sonrisa de triunfo en los labios.

Jim apretó una vez más el gatillo.

El fuera de la ley recibió un impacto en el estómago y se dobló en dos. Empezó a escupir maldiciones y luego, con los ojos desencajados, quiso agarrarse a algo, pero al fallarle el intento, golpeó contra el suelo quedando inerte.

Garden había quedado por unos instantes a merced de Dave, y volvió bruscamente la cabeza, pero vio al pelirrojo quieto, las piernas temblorosas.

—Tú no servías para estos trotes, muchacho, ¿por qué diablos te metiste en este negocio?

—Oiga, Garden, déjeme marchar. Le prometo que a partir de ahora seré un buen chico.

Jim se levantó y después de sopesar un rato la propuesta dijo:

—Te daré una oportunidad para rehabilitarte.

—¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Ya te lo diré yo. Ahora vámonos de aquí.

Bajaron la montaña y cerca de la cabaña tomaron precauciones, pero encontráronse con la sorpresa de que el fulano que guardaba los caballos había emprendido la huida. Indudablemente, al oír los disparos, pensó que la cueva había sido sitiada por un ejército de hombres y el tipo no se entretuvo siquiera en cerciorarse de si estaba o no equivocado.

Poco después, Garden y Dave iniciaban el regreso a Goldenville.

CAPÍTULO XIII

Homes acarició la barbilla de Mary *la Leona*, la *girl* favorita de su equipo.

—Un día de éstos te voy a hacer un regalo, dulzura.

Mary era una mujer muy esbelta, llenita y proporcionada. Sonrió mostrando sus blancos dientes.

—¿Qué me vas a comprar, Kurt?

—¿Te vendría bien un brazalete?

—Oh, Kurt, eres un tesoro —dijo la muchacha, y le besó en la boca.

Justo en ese momento se abrió la puerta secreta que había a la izquierda y Dave entró en la estancia.

Homes dio un respingo en la silla apartando a Mary de su lado. Al ver a Dave sus ojos despidieron chispas de furia.

—¿Qué infiernos haces aquí? ¿Es qué todavía no te has ido al refugio?

—Ya fui y vine, señor Homes.

—¿Qué dices, estúpido?

—Le traigo muy malas noticias, jefe.

—¿A qué te refieres?

—Jim Garden se dejó caer por la cueva.

—¡No!

—Le aseguro que es cierto. Garden se cargó a todos los muchachos.

—¿Quieres hacerme creer que Martin, Bannister y todos los demás están muertos?

Dave hizo un gesto afirmativo y entonces Homes se puso en pie, golpeando el puño contra la mesa.

—¡Es una sucia mentira!

—Le juro que es verdad. Yo vi los cadáveres.
—¿Y por qué no te mató a ti, Garden?
—Yo estaba escondido.
—Siendo así, ¿por qué no disparaste contra él?
—Tuve que refugiarme en uno de los agujeros cuando empezó el jaleo. Si me hubiese movido, Garden habría venido por mí. Pensé que hacía mejor trabajo si me quedaba quieto. De esa forma pude oír mejor lo que le decía al abuelo.
—¿El abuelo también fue?
—Sí, señor.
—¿Qué es lo que decía Garden?
—Que se iban a hacer millonarios con aquélla prensa y el abuelo le contestó que ahora sólo tendrían que hacer los billetes por centenares.
Homes apretó con fuerza los maxilares.
—Esta vez Garden no conseguirá lo que pretende. ¿Dónde está?
—Esperé a que saliesen de la cueva y les oí decir que irían al *saloon* de Philip. Garden pensaba trabajar sólo esta noche y entonces se despedirá de Philip para dedicarse de lleno a la falsificación.
Homes esbozó una sonrisa.
—De modo que esta noche Jim Garden tocará el piano para acompañar a Sally Baker.
—Sí, señor.
—Magnífico. Sólo necesitaba saber eso —volvió la cabeza hacia Mary—. Te veré luego, monada. Ahora tengo trabajo.
Fue a dirigirse hacia la puerta, pero en ese momento Dave carraspeó.
—Jefe, ¿no me da algún dinero por haberle hecho este trabajo?
Homes miró a sus subordinados. Por un momento estuvo a punto de sacar la pistola y obsequiar a Dave con unos cuantos plomos, pero no le convenía armar ningún barullo ahora. Sus disparos se oirían fuera y tendría allí enseguida al *sheriff* para ver lo que ocurría.
—Está bien, muchacho, te voy a dar un premio, pero también te daré un consejo.
Abrió un cajón del que extrajo unos billetes usados.
—Aquí tienes cien dólares legítimos, muchacho.

—Gracias, señor Homes.

—Ahora el consejo. Quédate ahí hasta que yo vuelva.

—Sí, jefe.

Homes sonrió satisfecho. Una vez se hubiese cargado a Garden, liquidaría también a Dave y recuperaría sus cien dólares.

Pero lo que no sabía era que Dave estaba listo para largarse de la ciudad. Apenas Homes saliese por la puerta, él lo haría por la otra y no pararía hasta llegar a la costa del Pacífico.

Homes abandonó su local y caminó por la acera.

Poco después se introdujo en el hotel Aquiles. Pasó de largo por el registro y subió la escalera, deteniéndose en la puerta marcada con el número nueve. Llamó con los nudillos y una voz le autorizó la entrada. La estancia estaba llena de humo. Alrededor de una mesa había cuatro hombres que jugaban una partida de naipes. Los cuatro eran mal encarados, de vestimentas sucias de polvo y sudor.

Los cuatro interrumpieron la mano para mirar a su visitante.

—¿Dashiel Cronin? —preguntó Homes.

El tipo que estaba más lejos movió la cabeza. Estaba por los veintiséis años de edad y era delgado de cabello castaño que le caía en ondas por la frente.

—¿Qué quiere de mi, hermano? Si es usted alguna autoridad local será mejor que se marche y de esa forma continuará vivo.

—Soy Kurt Homes, el dueño del *saloon* Tres Tréboles. Hace un rato su amiga Mary *la Leona* me dijo que usted estaba de paso.

—Mary fue una buena amiga en otro tiempo —sonrió Dashiel—. ¿Qué le pasa a usted, hermano?

—Quiero desembarazarme de dos hombres.

Hubo una pausa y luego Cronin miró a sus compañeros.

—Vaya, creo que nos ha salido un trabajo —se echó en el respaldo de la silla observando a Homes—. ¿Cuánto?

—Doscientos dólares por el más joven y cien por el viejo.

—Compra usted muy barato, señor Homes.

—Para ustedes el negocio será cosa fácil.

—Los negocios no se miden por la mayor o menos facilidad sino por el interés del cliente, y el de usted parece ser muy grande en que quitemos a esos hombres del medio.

Homes se pasó una mano por la cara.

—Sí, es cierto.

—Entonces yo le diré el precio. Quinientos por el joven y doscientos cincuenta por el viejo.

—Es demasiado, Cronin.

El hombre que se sentaba a la derecha de Cronin dijo:

—Puedes hacerle un diez por ciento de descuento por fin de temporada.

Dashiel hizo una mueca.

—Os digo que vamos a quebrar el negocio por fin de temporada. Vosotros siempre estáis rebajando. Pero está bien, si lo queréis, por mí no hay inconveniente.

El *saloon* estaba a rebosar de público. Sally Baker fue acogida con una ovación.

Jim Garden estaba ya listo ante el piano y dejó correr los dedos por las teclas.

La hermosa joven, cubierta con un vestido verdoso brillante, que dejaba mostrar una parte muy pequeña de sus encantos, correspondió al público con una sonrisa y se dispuso a iniciar su actuación. En voz baja dijo a Jim:

—*Esta noche o nunca.*

—Oh, Sally, qué feliz me haces… ¡Por fin!

—Déjese de tonterías. Le estoy diciendo el título de la canción.

Jim hizo una mueca.

—Ya me figuraba que era demasiado condescendiente por su parte.

Garden inició los compases de la pieza solicitada.

Sam Wooler, a unas dos yardas bebía un vaso de *whisky* mientras su rostro se inundaba con una sonrisa beatífica.

Sally se puso a cantar en medio de un impresionante silencio.

El público llegaba hasta la puerta, pero justo ahora cuatro hombres se abrieron paso a codazos. Algunos volvieron la cabeza para protestar, pero al instante se acallaron al ver las caras de aquellos fulanos.

Jim giró hacia aquella parte del *saloon* y observó a los cuatro tipos que se ponían en primera fila.

Un sexto sentido le advirtió que el momento de peligro había llegado. Homes también estaba allí. Había llegado un minuto antes y se apoyaba en el mostrador. Miró su cara y le vio sonreír con regocijo.

Jim se preguntó si no habría sido demasiado arriesgada su jugada de enviar a Dave al despacho de Homes, pero ¿qué otra cosa podía haber hecho si no tenía pruebas contra Homes? Era verdad que había hecho prisionero a Dave y que éste estaba dispuesto a confesar, pero la prueba testifical no servía para nada. Importaban las pruebas materiales. Por eso había decidido jugarse el pellejo. Quería sacar a Homes de su concha y atraerlo allí y eso era lo que acababa de ocurrir, pero, aquel miserable había contratado a cuatro pistoleros listos para desenfundar sus revólveres. Sólo la voz maravillosa y su encanto personal habían demorado un poco el desenlace.

Jim miró al viejo haciéndole un movimiento casi imperceptible con la boca.

Sam le correspondió con otra señal dando a entender que estaba enterado de lo que se cocía.

Sally Baker cantó el estribillo de la canción que fue coreado por el público.

Jim comprendió que coincidiendo con la última nota, los cuatro pistoleros sacarían la pistola.

Entonces bajó la mano derecha, continuando la interpretación solamente con la zurda.

Homes gritó por encima de la voz de Jim.

—¡Cuidado, muchachos, va a hacer una trampa!

Jim saltó de su asiento golpeando con los cuartos traseros en la parte posterior del piano. Allí quedó sentado mientras empezaba a accionar el revólver ayudando a girar el cilindro con la mano izquierda.

Homes y los otros fulanos habían tirado de los revólveres. El viejo Sam clavó una rodilla en el asiento de la silla y también se incorporó a aquella nueva melodía.

Homes recibió un balazo en la garganta y su cuerpo se fue hacia atrás golpeando contra el mostrador.

Dashiel Cronin se estremeció convulsivamente al sobrevenirle un golpe de tos como consecuencia de haber ingerido por la garganta un plomo demasiado caliente.

El viejo Sam hizo blanco en otro de los tipos, vaciándole los sesos de la cabeza.

Jim se hizo cargo de los otros dos a quienes silenció con dos

certeros disparos.

Los cuerpos de los pandilleros se desplomaron en el piso, quedando inertes.

Tras el último disparo se hizo un silencio sepulcral, porque los espectadores habían quedado transidos de pánico.

Sally Baker se revolvió con los brazos en jarras.

—¡Me has estropeado el final, pianista!

Garden la dejó llegar a su lado, atrapándola de un brazo y tiró de ella. Sus bocas se juntaron por tercera vez. Pero ahora Sally no se apartó tan deprisa como en las ocasiones anteriores.

Cuando lo hizo abanicó las pestañas.

—Oh, Jim, ¿por qué no lo dijiste antes?

—¿El qué?

—Que no eras un pistolero, sino un inspector del Gobierno en comisión de servicio.

—Eh, ¿quién te ha dicho eso?

—El abuelo.

Garden miró hacia el lugar donde se encontraba Sam y lo vio con una botella en la mano guiñándole el ojo, Jim le dirigió una sonrisa y entonces miró otra vez a Sally.

—¿Qué es lo que prefieres, Sally Baker? ¿Seguir siendo una cantante de *saloon* o la mujer de Jim Garden?

—¡Tu esposa, Jim! ¡Eso no puedo ni dudarlo!

Y entonces fue ella quien, echándose en sus brazos le besó a él.

El *sheriff* Steel acercóse a la pareja diciendo:

—¡Ya decía yo que usted, Garden, tenía que ser un buen muchacho!

Philip salió del mostrador diciendo:

—¡Eh, Joe…! ¿Dónde estás, Joe…? ¡Necesito otro pianista y una nueva cantante…! ¡Búsquenlo, muchachos! ¡Busquen a Joe Lack…! ¡Necesito otro pianista…! ¡Es como si me lo hubiesen matado…!

FIN